EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

MONEDA FALSA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON JUAN COUPIGNY

Y

DON PEDRO MARIA BARRERA.

MADRID.

ALONSO GULLON, EDITOR.

PEZ.—40.—2.°

1875

ADICION AL CATALOGO DE 1.° DE JUNIO DE 1875

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Ciento por uno	1	D. F. Tusquets y Moly de Baños	Todo.
El espejo de cuerpo entero	1	Diego Luque	»
El templo de la inmortalidad, loa	1	Diego Luque	»
Nobleza de amor	1	José Jackson Veyan.	»
¡Ojo alerta!	1	E. Jackson Cortés	»
Una cana al aire	1	E. Jackson Cortés	»
Un consejero de estado	1	F. Lopez Valois	»
Usted es mi padre	1	E. Jackson Cortés	»
¡Venganza noble!	1	Robustiano Trelles	»
Los corazones de oro	2	L. Mariano de Larra.	»
Un lio entre dos castaños	2	Calixto Boldun	»
Cazar en terreno propio	3	Manuel Nogueras	»
El maestro de hacer comedias	3	E. Perez Escrich	»
El vergonzoso en palacio	3	Calixto Boldun	»
Moneda falsa	3	Coupigny y Rarrera	»

MONEDA FALSA.

Al distinguido escritor D. José Soriano y Castro,

su buen amigo

J. de Cornejo

MONEDA FALSA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON JUAN COUPIGNY

Y

DON PEDRO MARÍA BARRERA.

Estrenada con gran aplauso en el Teatro ESPAÑOL el dia 30 de Setiembre de 1875.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
SOFÍA.....	Sras. Castro.
ELENA.....	García.
JUANA.....	Garófolo.
JULIO.....	Sres. Catalina.
PABLO.....	Casañer.
ROQUE.....	Romea.
UN CAPITAN.....	Alverá.

La accion en Madrid y es contemporánea.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lirico-Dramática, titulada El Teatro, de D. ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Casa de Pablo. Sala elegantemente amueblada. Puerta al fondo y laterales: balcon á la izquierda. En el centro de la escena un velador. Butacas, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA.

SOFÍA, despues PABLO, despues ELENA.

SOFIA. Un año!... parece sueño.
¡Qué venturosas, qué rápidas
se han deslizado sus horas
en esta alegre morada!...
Un año hace ya!... ¿Es posible
que lo olvide Pablo? Estaba
convenido que saldríamos
á dar un paseo y... ¡nada!
almorzó, se marchó solo
y aún no ha vuelto: es una falta
imperdonable.

PABLO. (Entra de puntillas y tapa á Sofía los ojos con las manos.)
¿Quién soy?

SOFIA. ¡Ah!
(Grito de sorpresa, al que Pablo contesta con una carcajada.)

PABLO. Já! já! já!—Estás muy guapa.

609310

SOFIA. No se conoce. (Enojada.)
PABLO. Hola, hola!
SOFIA. Me tienes muy enojada:
has faltado de mi lado
tres horas.
(Pablo sa acerca á la puerta del fondo: hace señas y entra Elena.)
PABLO. Mira la causa.
SOFIA. Elenita! (Cambiando con ella un beso.)
ELENA. Aquí me tienes.
SOFIA. Cuánto me alegro!... (Á Pablo.) Mal alma!
Yendo á casa de mis padres
has tenido la humorada
de no llevarme.
PABLO. Qué quieres!...
Hay casos... hay circunstancias
en que es preciso el secreto.
—¿Digo bien, jóven incauta?
(Dirigiéndose á Elena.)
ELENA. Muy bien. (Á Sofía.) Acierta el motivo:
doce de Octubre es mañana.
SOFIA. Ah!... ¿no lo habeis olvidado?
PABLO. Olvidar!... ¿Estoy yo en Babia?
ELENA. Nadie lo olvida; y en prueba
escucha nuestro programa.
Ante todo, hoy comereis,
por órden de mamá, en casa.
SOFIA. Debemos cumplir sus órdenes.
ELENA. (Á Pablo.) Ahora te toca á tí: anda.
PABLO. Atencion: he decidido
echar al aire una cana,
y doy el trece un gran baile.
SOFIA. Eso es chanza.
PABLO. Sí! sí! chanza.
(Á Elena.) Á tí te toca.
ELENA. Allá voy.
Atendiendo á que el que baila
y el que come, olvidan pronto
el comedor y la danza,
para que este aniversario
deje memoria más larga
de lo que en él se celebra,

Pablo á Sofía regala
(Sacando del bolsillo un estuchito.)
un hermoso brazalete
con brillantes y esmeraldas.

PABLO. Nota: con él su buen gusto
prueban Pablo y su cuñada.

SOFIA. Oh! es precioso.
(Mirando la alhaja, que Pablo sacará del estuche.)

ELENA. Más precioso
de lo que parece.

PABLO. Eh!... basta;
ahora entro yo.—En esta joya
hay otra joya guardada,
y oprimiendo este resorte
(Diciendo y haciendo.)
para que salte esta plancha
de oro puro, puede verla
quien tenga la vista clara.

SOFIA. Son cabellos de mi niño!..
¿Hay ventura más colmada:

ELENA. Cabellos de ese gran hombre
de dos meses.

PABLO. (Á Sofía.) ¿No te espanta
mi ingenio?

ELENA. Él tuvo la idea.

SOFIA. Así mi amor se la paga. (Abrazando á Pablo.)

ELENA. Y á mí que he contribuido
á una sorpresa tan grata,
¿piensas dejarme sin premio
por lo visto? Pues te engañas.
Quiero comprarme unas flores
para el baile, y sin tardanza
te necesito.

SOFIA. Tú ignoras
que he dado á Pablo palabra
de acompañarle á paseo.

ELENA. Pues bien: salimos, se aguarda
á que volvamos, y en paz.
Mas no ha de ser puñalada
de pícaro: os dejo solos.

SOFIA. Pero ¿para qué te marchas?

ELENA. Aún no he visto á tu heredero.

PABLO. Tiene razon; anda, anda,
y pruébale el capillito
que le has bordado.
SOFIA. (Á Elena.) ¿Así tratas
de hacer de mí lo que quieras?
ELENA. Yo soy algo diplomática.
Conque lo dicho: me voy
á ver á ese ángel sin alas
y á ponerle el capillito.

ESCENA II.

SOFÍA, PABLO.

PABLO. Ha de ser lo más madraza...
—¿Y te ha gustado mi obsequio?
SOFIA. ¿Preguntas que si me agrada?...
¿No es tuyo y no tiene un rizo
del hijo de mis entrañas?
Toma y pónmelo: ¿es verdad
que es nuestro niño una alhaja?
Cuando le miro, yo creo
que te amo más.
PABLO. Sí?... Mil gracias.
¿Como hace un año?
SOFIA. No; más!
PABLO. Si mi tio te escuchára!
SOFIA. Valiente burlon!...—Seis meses
daba de vida á la llama
que como luz de los cielos
ilumina nuestras almas.
Dí, ¿por qué los solterones
sostienen siempre esas máximas?
PABLO. Por envidia.
SOFIA. Y si es envidia,
¿por qué todos no se casan?
Debe tener mucho encanto
el ser soltero.
PABLO. Bobada!
El celibato es un sueño
que la ilusion engalana
con flores que son mentiras,

con venturas que son falsas.
Viaje de descubrimientos
que nunca conduce á nada,
y que de nuestra existencia
consume la mejor savia.
El hombre en pos de la dicha
corre y la deja á su espalda,
y se va lejos, muy lejos,
sin realizar su esperanza.
Despues... cuando no lo espera,
cuando el cansancio le para,
observa que está á su lado
esa dicha ambicionada,
bajo la hechicera forma
de una jóven linda y cándida,
y entónces nota su yerro,
y á esa jóven idolatra,
y llora el tiempo perdido
en seguir vanos fantasmas.

SOFIA. Y ella de toda su vida
los ensueños le consagra,
y aunque esposa por derecho,
por voluntad es esclava.

PABLO. Si los hombres conocieran
á tiempo cuánta distancia
hay de una pasion honesta
á las pasiones bastardas
que les sojuzgan, ¡qué pocos
adorarían la estátua
de esos ídolos de barro
en que todo es hojarasca!

SOFIA. Sí, dices bien. ¡Es tan fácil
ser felices! Una casa,
un marido amado, un hijo,
amigos...

PABLO. Tú te entusiasmas
y haces de todos los bienes
un ramillete. El que halla
un amigo, un solo amigo
verdadero, halla una ganga.

SOFIA. Amigos como ese tuyo
de que tantas veces hablas;

ese Julio Montealegre.

PABLO. Sí, como ese, mas repara.
Tengo á la mujer que adoro,
tengo al hijo, ¿en dónde anda
el amigo?... Hace dos años
que no lo sé.

SOFIA. Es cosa extraña.

PABLO. Desapareció de pronto
como por arte de mágia,
y nadie da cuenta de él,
y él... ni me ha escrito una carta.
Ya no espero verle nunca.

SOFIA. ¿Por qué no?...—Yo soy tan sándia
que aunque sé que esto te aflige,
te lo recuerdo.

PABLO. Te engañas,
que no puedes recordarme
lo que el olvido no ultraja.
Pobre Julio!... era un prodigio.
¡Qué intenciones tan honradas!
¡Qué carácter tan abierto!
Un poco débil... á causa
de su bondad excesiva ..
Nunca en sí mismo pensaba
por pensar en los demas.

SOFIA. Pocos hacen esa hazaña.

PABLO. ¡Y qué corazon tan noble!
¿Sabes quien no le va en zaga
en cualidades bellísimas
y en sentimientos?... Tu hermana.
¡Ah!... si él estuviera aquí...

SOFIA. No está: mira qué desgracia!

PABLO. Harian una pareja
incomparable. (Roque aparece por el fondo.)
Qué pasa?

ESCENA III.

DICHOS, ROQUE.

ROQUE. Que un caballero se ha entrado
de rondon hasta la sala.

PABLO. Te he dicho que no recibo
á nadie.
ROQUE. Mas si rechazan
las órdenes del señor,
y exigen que sin tardanza
se dé curso á una tarjeta...
PABLO. ¡Qué numerosa es la casta
de los importunos!...—Dame.
(Leyendo.) «Julio Montealegre.»—Anda!
que pase al punto. (Roque váse.)
SOFIA. ¿Es tu amigo?
PABLO. El mismo que viste y calza.
SOFIA. Si parece una comedia!
PABLO. Verdad! En cuanto hace falta
se presenta: aquí le tienes.

ESCENA IV.

SOFÍA, PABLO, JULIO.

JULIO. (Abraza cariñosamente á Pablo, sin notar la presencia de Sofía.)
¡Él es!... él!... mi compañero
de glorias y de fatigas.
PABLO. Desertor!... al fin te pesco.
JULIO. Pablito! ¡Cuánto anhelaba
abrazarte! Estás más grueso,
más crecido de bigotes
y más menguado de pelo.
PABLO. Tú estás como hace dos años.
JULIO. Otro abrazo!... ¿conque vuelvo
como me fuí?... pues aprende;
mira que si te haces viejo
te escupirán las polluelas.
(En este instante ve á Sofía.)
—Ah!... señora...
PABLO. Te presento
á mi mujer.
JULIO. Esta jóven...
PABLO. Es mi mujer.
JULIO. Lo celebro.
PABLO. (Observando que Julio mira á todas partes.)

Qué buscas?

JULIO. Eh?... nada, nada.
(Busco á la rubia.) ¿Conque hecho
un marido?... Me sorprendes.

PABLO. Ese bien me otorga el cielo
y, en vez de uno, somos dos
para festejar tu encuentro.

JULIO. Gracias, Pablito, mil gracias.

PABLO. Debo advertirte y te advierto,
que Sofía nos permita
prescindir de cumplimientos.
¿Qué has visto?... ¿De dónde vienes?

JULIO. Vengo del vecino reino,
y he estado en Holanda, en China,
en Egipto.

PABLO. ¡Cuánto bueno
tendrás que contar!

JULIO. No tanto
como escuchar de ti espero,
que mucho más que los mios
valen tus descubrimientos.
(Señalando á Sofía.)
(¿En dónde estará la rubia?)

PABLO. Regresas muy lisonjero.

SOFIA. Mil veces me ha dicho Pablo
que es usted franco en extremo;
no haga usted con sus palabras
que yo forme otro concepto,
cuando, por ser de mi esposo
un amigo verdadero,
me figuro al ver á usted
que á un antiguo amigo veo.

JULIO. Tanta bondad me confunde.

PABLO. ¿Sabes lo que hace un momento
nos tenía preocupados?
Tu inexplicable silencio;
tu injustificado eclipse
de dos años... Mas prometo
que desde hoy constantemente
has de estar al lado nuestro.

JULIO. Tú deliras! Á dos seres
que se aman, que están contentos,

¿de qué, sino de fastidio,
puede servir un tercero?

PABLO. Es que cuando nos estorbes
se te dirá sin rodeos.

JULIO. Magnífico!

PABLO. Te lo juro.

SOFIA. Pues yo hago más.

JULIO. ¿Qué?.!. ¿ya es tiempo
de que me retire?

SOFIA. No;
no es usted, soy yo quien debo
irme. (Á PABLO.) Sabes que mi hermana
me espera. (Á JULIO.) Un asunto sério
nos llama afuera: un prendido
de flores.

PABLO. Calla! y es cierto!...
Llegas oportunamente;
pasado mañana tengo
baile en mi casa.

JULIO. Hola! un baile.

PABLO. Pues qué?... ¿aquí nos hemos muerto?

SOFIA. Es fiesta de aniversario.

PABLO. Debo á mi boda este obsequio
y al primer diente del niño.

JULIO. Tienes ya un hijo?

PABLO. Un lucero.

JULIO. Tú eres padre?

PABLO. Hace dos meses.

JULIO. (Lo que somos, Dios eterno!)

PABLO. Verás á mi hijo: es lindísimo.

JULIO. Será un retrato perfecto
de tu esposa.

SOFIA. ¿Otro piropo?
Me voy, me voy; pero cuento
con que honrará usted mi baile.

JULIO. Con vida y con alma acepto.

SOFIA. (Á PABLO.) En terminando las compras
vendré á buscarte.

JULIO. (Estoy lelo!
Casado... ¡y con un retoño!)

SOFIA. (Á JULIO dándole la mano.)
No olvide usted que me alejo

diciéndole solamente:
«amigo mio, hasta luégo.»

ESCENA V.

PABLO, mirando un momento por la puerta por donde ha salido Sofía. JULIO, asomado al balcon.

PABLO. ¿Miras alguna deidad?
JULIO. Cuento los pisos: ¿este es
el segundo?
PABLO. Ya lo ves.
JULIO. No hay entresuelo, verdad.
(Quitándose del balcon.)
PABLO. No.
JULIO. Pues bien, esta es la casa.
Voy de sorpresa en sorpresa.
PABLO. Pero ¿qué sorpresa es esa?
JULIO. Ya te diré lo que pasa;
hablemos de tí.
PABLO. ¿Has pensado
que yo no estoy decidido
á saber lo que ha ocurrido
al amigo descastado,
que en largarse no vacila
á Egipto, á China ó á Holanda,
así, á la chita callanda,
como se escurre una anguila?
Pues piensas mal; hay razon
para que hables tu primero:
conque comienza, que espero
con ánsia tu relacion.
JULIO. Chico, ni te dije:—«Emigro,»
es cierto, pero apremiaba
el tiempo. Me amenazaba
un gran peligro.
PABLO. ¿Un peligro?
JULIO. Atroz: ¡quisieron casarme!!
PABLO. Qué dices?
JULIO. Se me indicó,
y yo... ¡qué demonio! yo
no consentí en suicidarme.

Tú conoces mi bondad;
al fin me hubieran pescado
y ¡abur! me hubiera quedado
sin mi santa libertad.
Tan absurda extravagancia,
propia sólo de un orate,
me obligó á liar el petate
y dí con mi cuerpo en Francia.
Yendo de acá para allá
dos años largos pasé;
mas soy libre, ¡me salvé!

PABLO. ¿Que te has salvado?

JULIO. Ajajá!

PABLO. Siempre el mismo, siempre sueñas...

JULIO. Siempre te predico, es cierto.
Y aunque predico en desierto,
segun indican las señas,
si hago bien ó si hago mal
que lo diga cualquier siervo
del torpe, absurdo y protervo
despotismo conyugal.
¿Sabes tú cuánto me apena
haber tenido que huir?
¿Quién me había de decir
que me aguardaba esta escena?
Yo no sé lo que me da
al hallarte convertido
en un paciente marido
y, por contera, papá.
¡Papá!! sí, marchito, preso,
jóven y sin ilusiones:
¿para qué hay resoluciones?
¿por qué se habla de progreso?
¿Para qué hacernos creer
que es la esclavitud un crímen,
si los hombres no suprimen
el trono de la mujer?

PABLO. La mujer, chico, es un mal
que buscas por egoismo.

JULIO. Pues!... todos dicen lo mismo,
lo mismo, y es natural.
Que el que vive prisionero

siempre á una esposa amarrado,
quisiera ver á su lado
con cadena al mundo entero.

PABLO. Si ellas tan gran vida pasan,
¿por qué no se dan más tono?

JULIO. La pregunta no perdono:
¿sabes tú por qué se casan?

PABLO. Para ser del hombre amado
la dicha y el embeleso.

JULIO. Nunca!... Todo ménos eso;
para tener un criado,
un perro!

PABLO. En vano me acosas
y en vano contra ellas truenas;
siempre habrá mujeres buenas,
amantes y virtuosas.

JULIO. ¿Quién en la virtud repara?

PABLO. ¿No hay virtud?

JULIO. No la ha de haber!
Pero ¡ay! la de la mujer
cuesta un ojo de la cara.
Virtud!... linda mercancía
que una casada encarece;
la virtud siempre parece
la estampa de la heregía.
Yo prefiero el ataud
al jolgorio de unas bodas:
las mujeres, todas, todas,
con virtud ó sin virtud,
nos hablan mucho de amar,
del alma, del corazon...
pero su única pasion
conocida es dominar.

PABLO. No esperes que yo te arguya: (Burlándose.)
el hombre, Julio, es un santo.

JULIO. *A fortiori!*... y no me espanto,
que todo está en contra suya.
Si hoy no es preciso sacar
á la señora á paseo,
hoy de fijo hay jubileo
y hay que llevarla á rezar.
Si en un negocio enredoso

el tiempo un marido pasa,
justo es que vuelva á su casa
con hambre y sed de reposo.
Y entónces su cara esposa
que lo sabe y que le espera,
le aburre, le desespera,
le escandaliza, le acosa,
le solivianta, le apura,
le destempla, le baraja,
le martiriza, le ultraja,
le acomete y le tritura.
Y ¡ay de aquel que soliloquia
y forma algun calendario!
Ella hablará del notario,
del cura, de la parroquia,
del código... ¿qué sé yo?
mas siempre su gusto hará,
y él siempre renegará
del dia en que se casó.

PABLO. No niego que haya infelices
con estrella tan sombría,
pero juro que es Sofía
reverso de lo que dices.

JULIO. Sí, tú has sabido escoger
excelente compañera:
es jóven... es hechicera...
pero ¡ay Pablito! es mujer.

PABLO. Cifra su felicidad
en complacerme.

JULIO. Es decir
que te deja ir y venir
en completa libertad.

PABLO. Siempre!

JULIO. Y cuando así te deja,
despues, ¿no se vuelve rara,
ni te pone mala cara,
ni te inculpa, ni se queja?

PABLO. Nunca!

JULIO. No es el eucalípto
exótico hasta ese punto
en España.

PABLO. Yo barrunto

que no iré á China ni á Egipto
porque mi cara mitad
me arroje allí á mi despecho.
—Díme, y tú ¡solo!... ¿qué has hecho
de toda tu libertad?

JULIO. Pché! poca cosa, ¿mas no
la tengo?... Usarla pudiera
Claro! yo haré lo que quiera
cuando quiera.

PABLO. Como yo.
¿Tú nunca te aburres?

JULIO. Sí;
eso á veces me fatiga,
pero á mi nadie me obliga
á que me aburra.

PABLO. Ni á mí.
Es más; mi vida de esposo
me condena, y no lo siento,
á estar siempre muy contento,
á ser siempre muy dichoso.

JULIO. De veras?... bien, ya no lucho:
tu felicidad me aplaca;
yo aborrezco la casaca,
pero te quiero á tí mucho.
Y á la larga ó á la corta
querré á tu mujer,—es fijo—
á tí, á tu esposa, á tu hijo...
lo demas nada me importa.
Ya he dado con tu guarida;
vendré con frecuencia aquí.

PABLO. Así me gustas, así,
como ántes de tu partida.
Y ¿cuándo has vuelto?

JULIO. Hace un mes
que no ceso de buscarte;
pero como tú al casarte
volaste á otro nido... ¡pues!
¿quién te encontraba?

PABLO. Es verdad.

JULIO. Debo el estar á tu lado
á un cuarto desalquilado.

PABLO. Sí?

JULIO. Pura casualidad.
Porque huyendo del ruido,
no bien en Madrid me ví,
tomé un cuarto en Chamberí
que me costaba un sentido.
Y el casero —un mercader—
por la sencilla razon
de que sube el algodon,
subir quiso el alquiler.
Ante actitud tan prudente
solté las llaves ligero,
y hoy tengo el piso tercero
de la casa de ahí en frente.
(Llevando á Pablo al balcon.)
—Mira, aquel.
PABLO. ¿El del canario?
JULIO. El mismo.—Prosigo.—Ayer
estaba aquí una mujer
de un hechizo extraordinario.
Es una flor... es un hada
con cabellos rubios.
PABLO. Sí;
suele venir por aquí
con frecuencia; es mi cuñada.
JULIO. ¿Tu cuñada?
PABLO. Se recrea
en asomarse al balcon.
Ya verás qué corazon.
JULIO. Y es rubia; ¡bendita sea!
Yo no sé por qué motivo
viendo á una rubia me alegro:
¿es verdad que el pelo negro
tiene mucho de agresivo?
PABLO. Já! já!... Deja que me ria.
JULIO. Sólo porque no es morena,
tu cuñada me enajena.
PABLO. Te gusta?... ¡qué picardía!
JULIO. Escucha, escucha el final
del lance de los balcones.
Soñando con las facciones
de esa niña angelical,
hoy pregunté á tu portero

por este cuarto: él, huraño,
dijo:—«Lo ocupa hace un año
don Pablo Sanz y Romero.»

PABLO. Sí, desde que me casé.

JULIO. Sin darle gracias siquiera,
subí á escape la escalera
y hasta tu sala me entré.
Ahora saber necesito
el nombre de tu cuñada.

PABLO. Se llama Elena.

JULIO. Me agrada;
es un nombre muy bonito.
En el baile me has de ver
con ella como en mi centro;
y hoy que por dicha te encuentro
vente conmigo á comer.

PABLO. No es posible.

JULIO. Qué demonio!

PABLO. Como con mi suegra.

JULIO. Arpía!
¿Ves lo que yo te decía?
Toma, toma matrimonio.

PABLO. Ya comprenderás...

JULIO. Sí, vete ..
vete con mamá: no envidio
al que sin ir á presidio
está sujeto á un grillete.
Hoy le toca á ese eslabon;
mañana ya habrá otro engorro;
y unas veces porque al rorro
apunta la denticion,
y otras porque te convida
un primo de tu mujer,
siempre al cuello has de tener
la cadena aborrecida.
Y no es broma, y no es donaire...
verdad de grueso calibre.

PABLO. Bien; pero ¿tú no eres libre?

JULIO. Libre! libre como el aire.

PABLO. Pues nos harás compañía:
ven con nosotros al Prado.

JULIO. Ven! ven!... ¿acaso has contado

con la vénia de Sofía?

PABLO. Ella y Elena es corriente
que en contra no dirán nada.

JULIO. Qué?... va tambien tu cuñada?
eso es ya muy diferente.
En no sirviendo de estorbo
á complacerte me obligo;
como hay veces que un amigo
parece el cólera morbo...
(Tomando el sombrero.)
En fin, voy en un momento
á casa.

PABLO. Vuelve volando.

JULIO. Al punto. Estoy aguardando
una carta en que presiento
que un ministro me ha de dar
cuenta de que me confía
un puesto en secretaría;
y ademas tengo que hablar
al procurador.

PABLO. Pues vé
y vuelve pronto.

JULIO. En un verbo;
yo corro mejor que un ciervo.
Adios; ya te contaré...

ESCENA VI.

DICHOS, ROQUE, con una caja de carton, que deja sobre el velador.

ROQUE. Ya están aquí las señoras.
Han ido adentro á dejar
parte de las compras.

PABLO. Bueno.

ROQUE. Dicen que no tardarán
diez minutos en venir
con ustedes.

PABLO. Bien está.
(Á JULIO.) Escuchaste? diez minutos.
Si nos has de acompañar
no te detengas.

JULIO. Yo pronto
zanjo mi asunto, verás.
PABLO. Pues anda.
JULIO. En un cuarto de hora...
PABLO. Que no vayas á faltar.
JULIO. ¿Faltar yo?... calla, ¿quién puede
contrariar mi voluntad?
¿No soy yo libre?...—Hasta luégo.

ESCENA VII.

PABLO.

¡Libre!... ¿Podrá imaginar
que por ser libre ha encontrado
la piedra filosofal?
Es libre; pero está solo,
y esa misma soledad
¡cuántas veces, cuántas veces
no le hará desesperar!
En fin, todos los solteros
pensamos de un modo igual,
y aunque él lleva hasta el absurdo
su empeño de criticar
el matrimonio, conozco
sus sentimientos quizás
mejor que él mismo, y sin duda
pronto el dia llegará
en que, por tener los goces
y la calma del hogar,
eche con mil de á caballo
sus cantos de libertad,
y entone el «yo pecador»
como cada hijo de Adan.

ESCENA VIII.

PABLO, ROQUE.

ROQUE. Señor, ¿va usted á vestirse?
PABLO. No tengo necesidad;
dame el sombrero.

ROQUE. (Buscándolo.) ¿El sombrero?
¿Dónde diablos estará?
Quién sabe si distraido
ese señor al marchar...
PABLO. ¿Se ha de haber llevado dos?
ROQUE. Dice usted bien, aquí está.
PABLO. (Vaya con Julio.)—Los guantes.
ROQUE. ¿Los guantes? (Vuelta á buscar.)
—Y ese señor vive enfrente
y es un mozo muy cabal.
PABLO. ¿De quién hablas?
ROQUE. Del amigo
de usted: de ese jóven.
PABLO. Ya!
ROQUE. Ahora caigo; en el sombrero
están los guantes.
PABLO. (Sacándolos.) Verdad.
ROQUE. Como no le conocía
yo no le dejaba entrar.
PABLO. El baston.
ROQUE. Á haber sabido...
PABLO. ¡No estás poco charlatan!
ROQUE. Usted perdone.
PABLO. Te advierto
que aquí á mi amigo jamás
se le ha de negar la entrada,
y si por casualidad
manda algo, tú te limitas
á obedecer y callar.
Más que mi amigo es mi hermano.
ROQUE. (No ha entrado en mala hermandad.)
Muy bien —Aquí está el baston.
PABLO. Dámelo.
ROQUE. ¿Y reza ademas
esa órden con la señora?
PABLO. ¿Con qué señora?
ROQUE. ¿Con cuál?
La de Montealegre.
PABLO. ¡Es mucho
tu prurito de charlar!
Él es soltero.
ROQUE. Eso es cierto.

PABLO. Pues entónces, voto á san! ..
ROQUE. Usted no sabe el runrun
que corre en la vecindad.
PABLO. ¿Vas á venirme con chismes?
ROQUE. Señor, yo...
PABLO. Tú eres igual
que todos: lo más amigo
de traer y de llevar...
ROQUE. Pero, señor, ¿usted piensa
que yo voy á ser capaz
de formar un caramillo
por el gusto de hacer mal?
Él es soltero... y casado.
PABLO. ¿Qué estás diciendo, truhan?
ROQUE. El evangelio: mis ojos
la han visto; usted la verá
tambien...—Es una morena
de superior calidad.
¡Y debe tener un genio!
Tales gritos da al hablar,
que á veces sólo por ver
quién arma ese guirigay,
me he llegado á los balcones
y es ella.
PABLO. Es ella?
ROQUE. Cabal!
PABLO. Pero ¿ella vive con él?
ROQUE. Con él; y aun sucede más.
Á mí me ha dicho el portero,
que es el que de pe á pa
sabe la historia—y que es
mi paisano—que al firmar
ella, tras de su apellido
pone el de don Julio.
PABLO. (Ay! ay!...
Esto me da mala espina.)
ROQUE. Es una calamidad.
No sé cómo usted no ha oido
los escándalos que dan.
PABLO. ¿Escándalos?
ROQUE. Toma, toma!
Cuando ella empieza á gritar

¡qué cosas dice, Dios mio!
no hay lengua más *deslenguá*.
¡Y si tan sólo gritase!
pero á lo mejor—pif!... paf!
se oye ruido y son los trastos
que andan de acá para allá!
Despues de estos desahogos
suele quedar todo en paz...

PABLO. (Julio está loco sin duda.)

ROQUE. Porque es una enfermedad
de los nervios que se calma,
segun dicen, con rabiar.
¡Y si viera usted don Julio
la lástima que me da!
Sólo en reponer los trastos
despilfarra un dineral.
En la última zaragata
ella destrozó un sofá,
una vajilla, un florero,
un espejo y un fanal.
Aquí se oyó el estropicio...
—Mire usted, ese zaguan
es el de su casa.

PABLO. Sí.
(Donde dijo, ¿á qué dudar?)

ROQUE ¿Ve usted el piso tercero?
Ese balcon en que hay
una jaula con un pájaro
que no cesa de cantar,
es de su cuarto.

PABLO. (En efecto,
todas las señas están
conformes.)

ROQUE. Ella parece
que es hija de una *señá*
Manuela, que vende bollos
cerca del palacio real,
y aunque él la ha enseñado á leer
y á escribir y hasta á tocar
el piano... claro! la chica,
con la mejor voluntad,
á cada paso demuestra

que es hija de su mamá,
la de los bollos. Él debe
ser víctima ..

PABLO. ¿Acabarás?

ROQUE. Como ustedes son amigos,
yo he creido...

PABLO. Basta ya.
Vete: no haces aquí falta.

ROQUE. (¡Vaya un gesto de caiman!)

PABLO. Vete.

ROQUE. Muy bien. (Qué belenes!
¡ay, Vírgen del Tremedal?)

ESCENA IX.

PABLO.

No vuelvo de mi sorpresa.
Julio, tan mirado un dia,
¡vivir hoy en compañía
de una mujer como esa!
Él en tratos tan mezquinos!
¿No escucha por todos lados
la burla de los criados,
la risa de los vecinos?
Deliciosa vida pasa
con la niña advenediza
que alborota, escandaliza
y le destroza la casa.

ESCENA X.

PABLO, SOFÍA, ELENA.

SOFIA. Ya á tus órdenes estamos.

PABLO. ¡Tan pronto!

SOFIA. ¿Te contraría?

PABLO. ¡Contrariarme? No, Sofía.

SOFIA. Si tú quieres, no salgamos.

PABLO. Mi exclamacion no os extrañe:
todo ha sido porque espero
á Julio: le invité, y quiero
que tambien nos acompañe.

ELENA. Si hay que esperarle, ¿qué hacer?
(Se acerca al velador, abre la caja que dejó Roque y se pone á mirar algunas flores que saca de ella.)
Yo os obedezco sumisa;
y, supuesto que no hay prisa,
me darás tu parecer. (Á Pablo.)
PABLO. ¿Es esa tu compra?
ELENA. ¡Justo!
veremos si es de tu agrado:
lo que es esta se ha empeñado
en que tengo muy mal gusto.
—Y ¿qué amigo es el que esperas?
PABLO. Una gallarda figura.
ELENA. ¿Le conozco por ventura?
SOFIA. No.
PABLO. Es muy bueno.
ELENA. ¿No exageras?
PABLO. De su corazon sin hiel
pruebas tendrás en sus frases;
Dios quiera cuando te cases
darte un marido como él.
ELENA. ¿Piensas como tu marido?
SOFIA. Casi, casi; pero infiero
que... es así... un poco ligero,
y otro poco distraido.
PABLO. Mujer! no me le maltrates.
SOFIA. Pues tú no me negarás...
PABLO. No, no; pero ya verás,
ya verás cuando le trates.
SOFIA. No dudo que será así.
ELENA. ¡Qué precioso es este juego!
(Examinando las flores.)
—Pablo, á pesar de mi ruego,
te has olvidado de mí.
Acércate.
PABLO. Si es en vano
que me pidas parecer:
en adornos de mujer
ya sabes que soy profano.
Conque cesa en tu porfía.
ELENA. Pues tu proceder no es justo.

PABLO. Yo sólo encuentro á mi gusto
lo que luce mi Sofía.
Mira, Julio podrá darte
su opinion: ese no es lego.
No te impacientes, que luégo
de él podrás aconsejarte.
ELENA. Su opinion es excusada,
pues dirá, como tú, adusto,
que sólo encuentra á su gusto
lo que luce quien le agrada.
PABLO. Muy mal le juzgas. Ya ves
si es su gusto delicado,
que hoy mismo me ha preguntado
con muchísimo interés,
qué ángel era el que veía
que á mi balcon se asomaba,
y el ángel que me pintaba
á Elena se parecía.
SOFIA. (Como la grana la has puesto.)
ELENA. Bah! no me engañas á mí:
quieres contentarme así.
PABLO. Contentarte?
ELENA. Por supuesto.
PABLO. ¿Qué sabes tú si mi amigo
por agradarte se afana?
oye; pasado mañana
romperá el baile contigo.

ESCENA XI.

DICHOS, JULIO, ROQUE, un momento.

ROQUE. El señor de Montealegre.
PABLO. Gracias á Dios, perezoso.
JULIO. Ustedes perdonarán...
PABLO. Conformes; *ego te absolvo.*
JULIO. Pero es que...
PABLO. Y tambien Sofía:
es tarde; salgamos pronto.
—Te presento á mi cuñada.
JULIO. (Es ella!... cielos, ¡qué ojos!)
PABLO. Te disculparás andando;

conque así...

JULIO. (Vaya un pimpollo!)
Si supieras cuánto siento...

ELENA. (En verdad que es un buen mozo.)

PABLO. ¿Vas á empezar otra vez
á pedir perdon á todos?

JULIO. No es eso, chico; es que estoy
desesperado, furioso...

PABLO. Verás cómo al aire libre
se calma todo tu enojo:
iremos al campo.

JULIO. El caso
es que ahora no puedo.

PABLO. Cómo?

JULIO. ¡Yo que estaba tan contento!
Ya ves tú: como que somos
uña y carne... pero hay cosas
que enreda el mismo demonio
y que no puedo ir de paseo.

PABLO. Sí?... pues yo no me conformo.

JULIO. Como tengo en mi cabeza
tanto enredo y tanto embrollo,
me olvidé de cierto asunto...

SOFIA. ¿No vendrá usted con nosotros?

PABLO. ¿No ha de venir!... su palabra
me ha dado y yo no soporto
que me engañen. Tus quehaceres
los aplazas, no seas tonto.

JULIO. Lo que es hoy me es imposible
ir contigo; si abandono
ese negocio, no sabes
á todo lo que me expongo.
Espero al procurador...

PABLO. Algun pleito...

JULIO. Sí... (No es flojo.)

PABLO. ¿Es este el negocio aquel
de que me hablabas?

JULIO. El propio.
Si me tiene más sujeto...

PABLO. ¡Sujeto!... y quién?

JULIO. El negocio.
Tanto, que estoy barruntando

que no he de venir tampoco
pasado mañana al baile.

PABLO. ¡Que no has de venir!... ¿qué oigo?
¡Pues no faltaba otra cosa!
Si no vienes me incomodo.

SOFIA. Nosotros que deseamos
reunir en la casa á todos
nuestros amigos.

PABLO. Y á tí
el primero. Oh! yo respondo
de que vendrá. Cuando he dado
palabra á Elena hace poco
de que romperás con ella
el baile...

JULIO. ¿Con ella? (¡Oh gozo!)
Entónces... si encuentro medio...

PABLO. ¿No has de encontrarlo? Yo corro
con ello.

SOFIA. (Á Julio.) Ya lo oye usted.
(Á Elena, que ha vuelte á las flores.)
—Pero niña, de ese modo
vas á entretenerte estando
para salir?

ELENA. No haya enojo.
En cuanto se diga «en marcha»
lo dejo.—Y ¿qué tal me porto?
Mirad.
(Durante la escena Elena habrá estado entretenida en hacer una guirnalda, y Sofía disputando con ella sobre la colocacion de las flores desde que Pablo dijo: «tus quehaceres,» hasta que Julio dice: »Tanto que estoy barruntando.» Elena enseña lo que ha hecho.)

JULIO. (De cerca es más linda
y su aire es tan candoroso...)

PABLO. (Si será el procurador...)

JULIO. Bella guirnalda!

SOFIA. Á propósito:
Pablo ha dicho que usted es
inteligente en adornos
y en flores; las dos tenemos
una duda y es forzoso

que usted la resuelva echando
en la balanza su voto.

PABLO. Pero ¡por Dios! qué le haceis
perder un tiempo precioso:
sus asuntos...

JULIO. No, no importa.

PABLO. (Pues!... Es lo mismo que todos.)

JULIO. Hablen ustedes: ya escucho

SOFÍA. Yo digo que en este fondo
debiera poner jazmines.

ELENA. Entónces los heliotropos
quedarán oscurecidos.

JULIO. ¿Y no salvan ese escollo
unas gotas de rocío?

ELENA. Sí, sí; y hará más gracioso.

PABLO. Eh? qué tal? En esas cosas
ya os dije yo que era docto.

ELENA. Y más amable que tú.

PABLO. Pero, Elena, ser un topo
¿es no ser amable? En fin,
tan profano soy, que ignoro
cómo se llama esta flor.
(Tomando una del cajoncito.)

JULIO. ¿Esa? «No me olvides.»

PABLO. ¡Cómo!
¿No me olvides?—Linda frase!

JULIO. (Á Elena.) ¿Usted no conoce á fondo
el lenguaje de las flores?

ELENA. Yo no.

JULIO. Pues es muy curioso.
Yo lo he aprendido en Ásia,
y hablo lo mismo que un loro,
valiéndome de ellas.

ELENA. Y eso
¿es fácil?... ¿se aprende pronto?

JULIO. Podemos hacer la prueba.

ELENA. Sí, sí.

JULIO. (¡Ay! qué pelo! qué ojos!...)

PABLO. Pero ¿y el procurador?

JULIO. Chiton.

SOFÍA. Para estar más cómodos
sentémonos.

(Sofía, Elena y Julio se sientan alrededor del velador.)

PABLO. ¿Y el paseo?
ELENA. Calla! hay tiempo para todo.
PABLO. ¿Sí?—Adelante. (Se sienta á un lado.)
JULIO. (Tomando flores.) Voy á hacer
un ramillete simbólico,
en el cual con los colores
formaremos un período
tan claro como una muestra
de Iturzaeta.
PABLO. (Está loco.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ROQUE.

ROQUE. (Ap. á Pablo.)
(Señor, ahí viene una maula
á ver al señor. (Por Julio.) (¿Qué gente!)
PABLO. Que pase.
ROQUE. Si es la de enfrente;
la del balcon de la jaula.
PABLO. Demonio!
ROQUE. Justo y cabal.
La he dejado hecha un infierno
y soltando cada terno...
PABLO. ¿Dónde?
ROQUE. Abajo: en el portal.
PABLO. ¿Estás cierto?
ROQUE. ¿De que ruge?
claro; si la he visto.
PABLO. ¿Sí?)
(Alzando la voz.)
Julio, te buscan.
JULIO. (Sin dejar las flores ni levantarse.) ¿Á mí?
ROQUE. (¡Vaya una moza de empuje!)
JULIO. ¿Se sabe quién?
ROQUE. No, señor;
sólo sé que á todo trance
quiere subir.
(Se dirige á la puerta y despues de un momen-

to desaparece.)

JULIO. Ah! (¡Qué lance!)

(Como herido por una idea y levantándose con rapidez y turbacion.)

Ya sé...—Mi procurador.

ELENA. ¿Nos deja usted?...

JULIO. Mil perdones...

SOFIA. Mejor es hacerle entrar
y aquí puede usted hablar.

JULIO. No, no: son ciertas cuestiones...

PABLO. (Hay que ayudarle; está ciego.)
Ya has oido que te espera
no sé quién.

ROQUE. (Apareciendo en la puerta.) En la escalera
oigo voces.

JULIO. ¿Sí?—Hasta luégo.

(Sale aturdida y precipitadamente atropellando á Roque. Sofía y Elena miran hácia la puerta con estupefaccion. Pablo se sonrie maliciosamente.)

ROQUE. Va que se le lleva el diablo.

PABLO. (Pobre Julio!... ya me asusta...)

ELENA. (Pues señor, no me disgusta
el amiguito de Pablo.)

(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete en casa de Pablo. Puerta al fondo y lateral derecha. Un armario. Mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

JULIO, cerca de la puerta de la derecha, que estará entreabierta, habla como dirigiéndose á alguno que se supone dentro.

¿Conque no quieres que salga?
¿No quieres, eh?... pues lo siento:
he decidido salir
aunque te opongas á ello.
No me pasa lo que ayer;
cuando estaba más contento
al lado de mi buen Pablo,
ir con el fútil pretexto
de que te habia ofrecido
acompañarte á paseo.
Por cierto que ibas muy linda
con aquel vestido nuevo
y aquellos moños y lazos
tan chillones y tan feos,
que al vernos, toda la gente
señalaba con el dedo.

—¿Cómo? ¿qué dices?...
(La puerta se cierra bruscamente dando á Julio en las narices.)
—Caramba!
—Se quema porque la dejo
sin saber qué responderme:
conoce que cuando quiero
tengo teson, y la pobre
se impacienta más por eso.
Con mostrarme firme basta,
que, por lo demas, no tengo
afan por salir; pues ella
cede, conseguí mi objeto.
Y despues de todo, es dócil;
sólo su temperamento...
pero es buena. (Se oye un estrépito grande.)
—Hola! parece
que andan los trastos por medio:
(Se acerca á la puerta y escucha.)
es que se está desahogando:
lo dicho.—¡Malditos nervios!
Pero ya se calmará.
Y casi, casi, prefiero
quedarme en casa; si salgo
de fijo al volver tenemos
historia, y vuelta á los gritos,
y vuelta...—Aunque no le temo,
prefiero á las peloteras
la calma! (Escuchando.) ¡Reina silencio!
Ya se le pasó: está claro,
si no tiene otro remedio.
Con un poco de carácter,
como si fueran borregos
se maneja á las mujeres.
(Se sienta junto á la mesa.)
Así como así hace tiempo
que tengo que escribir.
(Suena una campanilla.) ¿Llaman?
Pondré dos letras á Alberto;
quedó en mandarme su carta
hace tres dias, y espero
en vano: como es ministro

se olvida...—Sabe que anhelo
un destino: me lo ofrece
y ¡nada! .. si todos ellos
son iguales. (Se oyen varias voces.)
Mas ¿qué diablos
de alboroto es ese?... Apuesto
á que es el lord.—Como él sea
le haré saber lo que es bueno.
(Se dirige al fondo y abre la puerta)
¿Quién arma ese ruido?...—¡Pablo!

ESCENA II.

JULIO, PABLO.

PABLO. Chico ¿tienes miedo?
JULIO. (Cierra la puerta.) ¿Miedo?
(Se entreabre la puerta lateral y se oye un golpe de tos. Julio se acerca á dicha puerta.)
(Fuera.) Ejem!
JULIO. ¿Qué quieres?... qué ..
(Cierran dando un portazo.) (¡Fiera!)
PABLO. Si no sales no te veo.
No tienes mal instruida
á la fámula; ¡qué empeño
de negarme que te hallabas
en casa!
JULIO. ¿Sí? (Es mucho cuento)
Pues no sé cómo ha podido...
PABLO. Ah! ¿no habias tú dispuesto
tal cosa?
JULIO. ¿Yo? ¡qué locura!
digo ¿sabes lo que es ello?
que la muchacha me oyó
decir despues del almuerzo
que iba á encerrarme en mi cuarto
á despachar el correo,
y ha imaginado sin duda...
Pero para tí no tengo
nunca que hacer.
PABLO. No; no trato
de estorbarte.

JULIO. Toma asiento.
PABLO. Bien lo necesito: el baile
de mañana me trae hecho
un zarandillo; ya estoy
rendido de andar.
JULIO. Lo creo.
PABLO. Todo Madrid he corrido.
JULIO. Es claro; andarás haciendo
encargos; eso es muy lógico
en quien se precia de espléndido.
PABLO. Incumbencias de un casado.
JULIO. Cuidarás de los refrescos...
PABLO. De los dulces...
JULIO. (Riendo.) De la música...
¡No lo creería á no verlo!
¡Tú entregado en cuerpo y alma
á los quehaceres domésticos!
PABLO. Sí, chico, sí; y eso explica
esta visita. Deseo
un poco de libertad,
y aquí en esta casa, al ménos...
JULIO. Eso sí, infeliz esclavo;
¡respira!... y toma un veguero
que está diciendo fumadme.
PABLO. ¿Tabaco? no, no me atrevo...
JULIO. ¿No te permite Sofía?... (Con risa burlona.)
PABLO. No me dice nada, pero...
JULIO. Basta; ese pero te vende.
(Enciende un cigarro.)
PABLO. ¡Cómo te estás divirtiendo (Con sorna.)
á mi costa!... ¡cómo abusas
de tus ventajas, perverso!
¡Ya se ve! Como no tienes
quien se oponga á tus deseos,
puedes obrar á tu antojo.
JULIO. Claro está; yo soy soltero,
yo soy libre...
PABLO. Por lo mismo,
ya sabes que no consiento
que faltes mañana.
JULIO. ¿Adónde?
PABLO. ¿Ya lo has olvidado?... Á nuestro

baile.

JULIO. ¡Ah! sí; me alegraría
de asistir; pero sospecho
que he de estar con mis asuntos...

PABLO. ¡Bah! ¡bah! ¿qué asuntos son esos
que hasta de noche te ocupan?

JULIO. Hazte cargo...

PABLO. Julio, hablemos
claro: dí, ¿son tus negocios,
ó es que no pone buen gesto
si vas...

JULIO. ¿Quién?

PABLO. (Sonriendo maliciosamente.) ¿Quién ha de ser
Pepita.

JULIO. (Estupefacto.) ¿Qué estás diciendo?

PABLO. Pepita.

JULIO. ¿Qué? ¿la conoces?

PABLO. La conozco, aunque confieso
que no la he visto; en el barrio
¡se habla tanto de ella!

JULIO. ¡Cielos!
¿hablan ya?

PABLO. ¡Bah! no hay vecino
que no sepa...

JULIO. (¡Y yo que huyendo
de lo mismo me he mudado
de Chamberí, Dios eterno!)

PABLO. ¡Oh! La ponen por las nubes.

JULIO. ¡Ah!... ¿De veras?

PABLO. Sí por cierto.

JULIO. (Hablan bien; ¡cosa más rara!)
Y dime tú—sin rodeos,
como amigo:—¿qué has pensado
cuando has llegado á saberlo?

PABLO. ¿Qué he de pensar?

JULIO. No te extraña...

PABLO. No, chico, al contrario; veo
que, acorde con tus principios,
no te has casado.

JULIO. En efecto;
aquí no ha mediado el cura,
ni el juez, ni aquí hay juramento...

PABLO. Ni á oponerse á tus caprichos
tiene esa mujer derecho.
JULIO. Ninguno.
PABLO. Cuando te canses...
JULIO. Le digo «abur» y *Laus Deo*.
Pero ¿es verdad que hablan bien?
PABLO. Hombre, sí.
JULIO. Vamos, me alegro.
PABLO. Y dicen que es muy bonita.
JULIO. ¿Bonita? Como el lucero
de la mañana: figúrate
un rostro andaluz, moreno,
un gran tipo; nariz griega,
ojos rasgados y negros,
las cejas que ni pintadas,
como el azabache el pelo,
una cinturita así,
(Marcando con las manos una cintura pequeña.)
y el pie... ¡vaya un pie pequeño!
PABLO. Dicen que no es tonta.
JULIO. ¿Tonta?
Calla, ¡si tiene un talento!
talento natural.
PABLO. Pues!
JULIO. ¡Y una gracia! ¡y un despejo!
Toca el piano.
PABLO. Si; no ignoro
que en materia de solfeo
es maestra.
JULIO. Es muy nerviosa,
pero es un ángel del cielo.
PABLO. Pues mira, lo disimula;
porque á juzgar por el hecho
de ayer tarde...
JULIO. ¿De ayer tarde?
PABLO. ¡Justo! ¿Á qué andar con misterios?
Yo sé que el procurador
era ella.
JULIO. Sí, no lo niego.
PABLO. ¡Ir á sacarte de casa!
JULIO. Hizo muy mal; yo convengo
en que se excedió. Es nerviosa...

PABLO. Ya en ese detalle advierto
el afan de dominar,
como tú dices, ingénito
en la mujer.
JULIO. ¿Lo confiesas?
Bien, hombre, bien; lo celebro.
Y eso que esta es una malva,
aunque algo viva de genio;
y lo que es ayer, yo tuve
la culpa.
PABLO. ¿Tú?... no comprendo...
JULIO. Yo, porque le dí palabra
de llevarla á Recoletos,
y como tardaba...
PABLO. Es claro;
se amoscó.
JULIO. Chico, debemos
ser justos; una vez dada
la palabra...
PABLO. No hay más medio
que cumplirla; lo contrario
fuera faltar al respeto
y á la consideracion...
—Y á una dama de su mérito..,
JULIO. (Se está burlando de mí.)
Mira, Pablito, no creo
que, porque no esté casado,
debo de ser un grosero
con la Pepita, y tratarla
sin motivo con desprecio
PABLO. ¡Ya se ve!
JULIO. Y ademas, ella
—y no pienses que exagero—
me ha sacrificado...
PABLO. Oh! sí;
no lo dudo.
JULIO. No empecemos;
me ha sacrificado, digo,
su porvenir.
PABLO. No es pequeño
sacrificio.
JULIO. Allí verás: todo

por puro amor, por afecto
hácia mí.

PABLO. Ya se conoce
que te quiere con exceso.

JULIO. Pues claro está; pero chico,
¿no observas este veguero?
Míralo: huele: ¡qué aroma!

PABLO. Que te haga muy buen provecho,
y vuelvo á hablar de mi baile.
(Se oyen golpes en la puerta del foro.)

JULIO. Calla! ¿han llamado?...

PABLO. En efecto.

JULIO. (¿Será ella?)
(Arroja azorado el cigarro y agita el pañuelo para disipar el humo.)

PABLO. ¿Qué te pasa?
Estás todo descompuesto;
¿te asustas?

JULIO. (Agitando el pañuelo.) ¿Yo? ¡cá! no.

PABLO. ¿Y tiras
tambien el cigarro al suelo?

JULIO. No, si... no es nada; lo tiro
porque es fuerte y me mareo;
pero asustarme, ¿de qué?

PABLO. Dices bien: vuelvo á mi pleito;
al baile.

JULIO. Habla algo más bajo.
(Vuelven á llamar en el foro.)

PABLO. ¿Oyes? Ya vuelve el golpeo.

JULIO. ¿Quién podrá ser?
(Despues de un momento de vacilacion y con ademan resuelto se dirige á la puerta y abre.)
Calla! Es Roque.

ESCENA III.

DICHOS, ROQUE, con una carta.

PABLO. Ahora recuerdo
que, con el fin de poder
estar más tiempo á tu lado,
y habiendo á Roque encargado
lo que me faltaba hacer,

le dije que al concluir
se viniera aquí derecho
á darme cuenta.

JULIO. Bien hecho.
(Si ahora llegara á salir
esa pantera bravía...)

PABLO. (Á ROQUE.) ¿Está todo terminado?

ROQUE. Todo lo dejo arreglado
del modo que usted quería.

PABLO. ¡Magnífico!

ROQUE. Traigo aquí
una carta.

PABLO. (LEYENDO EL SOBRE.) Señor don... (Á JULIO.)
Tu nombre y tus señas son:
toma.

JULIO. ¿Conque es para mí?
Voy con tu permiso á ver...

ROQUE. No me he visto en mal apuro:
si no es por mí, de seguro
llega tarde á su poder.

JULIO. ¿Por qué razon?

ROQUE. El portero
á darla se resistía;
yo estaba en su compañía
cuando la trajo el cartero.

JULIO. Pues él la hubiera entregado.

ROQUE. Cá!

PABLO. ¿Cómo que ¡cá¡ bergante?

JULIO. No le hagas caso. (¡Tunante!)

PABLO. Yo no tolero á un criado
reticencias.

JULIO. (Ya adivino.)

PABLO. Vamos, habla.

ROQUE. Es un secreto,
señor, y yo no me meto
en las cosas del vecino;
que si hablo y usted se irrita
y en denuestos se desata
contra mí...

JULIO. (Nada! Se trata
de otra gracia de Pepita.)

PABLO. Habla.

JULIO. Es mucha terquedad;
eh! déjalo, no seas necio:
yo no hago caso, desprecio
los chismes de vecindad.
PABLO. Si tú te empeñas, chiton;
pero mucho me equivoco
ó tienes miedo y no poco
á que haya una explicacion.
JULIO. ¿Yo miedo? ¿Yo miedo, Pablo?
La ocurrencia tiene chiste.
—Habla, cuenta lo que viste. (Á ROQUE.)
(Que no te llevara el diablo!)
PABLO. Vamos, ya puedes hablar.
ROQUE. Sí, diré lo que ha ocurrido,
que al fin y al cabo no ha sido
nada de particular.
Abajo me hallaba yo
cuando apareció el cartero.
y á mi presencia al portero
esa carta le entregó.
Y yo dije á mi paisano,
viendo que era para usté.
—«Dámela y la entregaré
al señor en propia mano.»
JULIO. Y te la dió, es natural.
ROQUE. Me la dió; mas no quería.
«Va á regañarme, decía,
la señorita.»
PABLO. ¿Eh?... ¿qué tal?
¿qué tal?
JULIO. (¡Voto á Belcebú!
esto es insufrible.)
PABLO. Chico!
JULIO. (Mirando á ROQUE.) (¡Maldito sea tu pico!)
PABLO. ¡Ella es primero que tú!
ROQUE. Él cumple, bien se concibe,
las órdenes que le han dado.
PABLO. (Á JULIO.) Y toda carta ó recado
es ella quien lo recibe.
JULIO. Pues si dan á ella primero
que á mí, recado ó escrito,
es porque yo lo permito;

por eso; porque yo quiero.
Y si has llegado á creer...

PABLO. No te exaltes. (Á ROQUE.) Vete afuera;
pero no léjos: espera,
que acaso tendrás que hacer.

ROQUE. ¿Me bajo á la portería?

PABLO. No; quédate en la antesala.

ROQUE. (No se hubiera armado mala
si hablo más.)

(Pablo se sienta. Julio se pasea con visibles muestras de disgusto.)

ESCENA IV.

JULIO, PABLO.

JULIO. (¡Por vida mia!)
—Ya creerás cantar victoria
y dirás...

PABLO. Yo nada digo.

JULIO. Que comparado conmigo
tú vives como en la gloria;
que es un cielo el matrimonio
y el celibato un dogal
y que yo lo paso mal
y debo darme al demonio.
Pues no, nada; no hay tu tia.
Yo soy en mi casa el rey,
y mi voluntad es ley
y nadie me contraría.
Y te lo diré gritando,
y me sostengo en mis trece;
en mi casa se obedece,
se cumple lo que yo mando.

ESCENA V.

DICHOS, JUANA.

JUANA. Señor, haga usted mi cuenta.

JULIO. ¿Tu cuenta?... Pues qué...

JUANA. Me voy;
no habrá mujer que resista
lo que he resistido yo.

JULIO. Pero bien...

(Juana le interrumpe siempre y no le deja hablar.)

JUANA. ¡Vaya unos modos
y vaya un genio feroz!
De seguro que á una negra
no se la trata peor.
¡Levantarme á mí la mano!
¡Querer darme un bofeton
á mí!

JULIO. (Vamos! ya comprendo.)

JUANA. ¡Yo, que acostumbrada estoy
á tener amos que casi
me sirvan á mí! Si no,
que vayan á preguntarlo
á la calle de la Flor.

JULIO. Basta, basta.

JUANA. Un matrimonio;
doña Rosa y don Ramon...

JULIO. Pero...

JUANA. ¡Cómo me tenían!
¡ay! sobre todo el señor:
me trataba con un mimo
y una consideracion...
Como que me dió este anillo
que llevo de similor,
y se estaba en la cocina
dándome conversacion...

JULIO. ¿Acabarás?

PABLO. (Tiene chiste!)
Sigue: ¿qué más sucedió?

JUANA. ¿Por qué me sali? por nada.

JULIO. (N! la paciencia de Job.)

JUANA. Porque un dia doña Rosa
no sé qué se figuró,
al hallar á su marido
quitándome un moscardon.
Pues por esta niñería
se incomodaron los dos,
y á mí...

JULIO. Ya basta: refiere
por qué es esa desazon
con la señorita.

JUANA. ¡Toma!
¿No lo adivina usted?...
JULIO. No.
JUANA. Por haber dejado entrar
dentro de esta habitacion
á ese caballero.
PABLO. ¡Diantre!
conque por mí...
JULIO. (¡Voto á brios!)
JUANA. Se ha puesto como una furia;
tanto que me amenazó.
Mas no sabe con quién daba;
ya! ya! pues bonita soy;
que si ella tiene mal genio
no le tengo yo mejor.
¡Y qué de cosas me ha dicho!
¡huy!... ¡qué lengua tan atroz!
JULIO. Bien, no hacen falta detalles.
JUANA. Jesús, ¡qué condenacion
de mujer!
JULIO. Con haber dicho
que fuí yo quien te obligó
á abrir la puerta, te hubieras
ahorrado...
JUANA. ¡Misté qué Dios!
¡como que no se lo dije
bien claro y en español!
JULIO. Pues entónces...
JUANA. ¿Sabe usted
cuál fué su contestacion?
—«El señorito no es nadie
en la casa.»
JULIO. (Estallando.) Se atrevió...
PABLO. Se hallaría en un momento
de nerviosa agitacion.
JULIO. ¿Tú tambien?
JUANA. Aquí, repuso,
no hay más órden ni más voz
que las mias.
JULIO. Juana, márchate.
JUANA. ¡Ya se ve!
PABLO. (¡Qué diversion!)

JUANA. ¡El demonio de la cursi!
tanto vestido de gró,
tanto de estarse dos horas
delante del tocador;
tanto lazo, tanto moño,
tanto adorno relumbron,
y cuando suelta la lengua
parece...

JULIO. Calla, ó si no...

JUANA. Ya callo; no hay fundamento
para esa sofocacion.
(¡Vaya una casa de lios!)
Conque me ajusta usted hoy...

JULIO. No es esta ocasion de cuentas.

JUANA. Hágame usted el favor...

JULIO. Si, hoy mismo te irás de casa;
no te haré la oposicion.

JUANA. (Si nunca hubiera venido!)

JULIO. ¿La señorita salió?

JUANA. ¿Salir ella?... Si ahora está
disputando en el balcon
con la vecina de enfrente:
esa señora mayor
que es mujer de un capitan,
y saca á tomar el sol
á un loro que pasa el dia
charlando en el mirador.
Le da por decir ahora
que el loro—es mucha pension—
le ataca á los nervios.

PABLO. Vaya!

JUANA. Y que le aumenta el dolor
de cabeza, y hoy en cuanto
la vecina se asomó
empezó á insultarla.

JULIO. ¡Cielos!

JUANA. Ha llegado en su furor
hasta á llamarla marmota.

JULIO. ¡Marmota! (Dios de Jacob!)

JUANA. Allí sigue dando gritos.
¡Ay, qué lengua de escorpion!
Qué ruido no habrá, que en todas

las casas de alrededor
asomados los vecinos
están viendo la funcion.

JULIO. Esto faltaba.

PABLO. Los nervios...

JULIO. (Á PABLO.) Cállate, porque ya estoy...

JUANA. Y hasta la gente en la calle
se para á escuchar.

JULIO. ¡Horror!
—Mira, Juana, calla y vete.

JUANA.] Claro que me iré, ¡pues no!
En cuanto arregle el baul.
Si luégo está usted de humor
me hará la cuenta.

JULIO. Sí, luégo...

JUANA. (Él es un santo varon.)

ESCENA VI.

PABLO, JULIO.

PABLO. Eh!... qué tal? rey de tu casa.

JULIO. Pablo, ten piedad!

PABLO. Oh! sí;
porque tanto como á tí
me afecta lo que te pasa.
Pero quede esta cuestion
para luégo; aún no has leido
la carta que has recibido,
y quizás...

JULIO. Tienes razon;
ya es hora... pero ¿qué veo?

PABLO. ¿Es del ministro?

JULIO. Sí tal.
Pero aquí no hay credencial;
¿ves?... me quedé sin empleo.
(Leyendo.) «Amigo Julio: escrib uste ha-
»ce tres dias...»—Tres dias?... «ofreciéndole una plaza que vacó en secretaría.
»¿Por qué no me ha contestado usted? ¿por-
»qué no ha venido á verme? Presumo qu
»ha variado de modo de pensar y hoy dis-

»pondré en favor de otro...» (Tira la carta sobre la mesa.)
—¡Destino injusto y severo!

PABLO. Te ha escrito...

JULIO. Aquí está bien claro.

PABLO. Y no has recibido... ¡es raro!

JULIO. ¡Ay! como coja al cartero...

PABLO. Bah! dirá que él ha traido
la carta.

JULIO. Si lo que pasa
en esta maldita casa...

PABLO. Pepita la habrá cogido.

JULIO. Justo!... sí!... La habrá guardado.
Si ella tiene estas manías,
si esta y otras fechorías
son tortas y pan pintado;
si tú no sabes quién es;
si me ha llegado á exigir
que aquí nadie ha de venir
más que un monote de inglés
que nos sigue como un perro
con incansable teson;
si para mí esta mansion
más que casa es un encierro.

PABLO. Francamente, de ese modo
no sé de tí qué va á ser;
pero al fin, si esa mujer
te interesa sobre todo
y la quieres...

JULIO. La abomino,
hombre, la abomino. ¡Ay Pablo!
por mi mal la puso el diablo
en mitad de mi camino.
Pero no encuentro ocasion
de romper con la traidora,
porque así y todo, me adora
con todo su corazon.

PABLO. ¡Qué lástima! En fin, ten calma
y vamos al otro asunto;
busca al ministro y al punto
háblale claro y al alma.
Mas esto con brevedad.

JULIO. Será inútil, será tarde...
PABLO. Aún es posible que aguarde
tu respuesta.
JULIO. Si; es verdad:
voy en seguida, no quiero
perder tiempo.
(Va de un lado á otro como buscando algo.)
PABLO. Pero ¿qué
te ocurre?
JULIO. Que ahora no sé
dónde he dejado el sombrero.
Ah! ya: en el armario, sí.
(Abre el armario y busca en él el sombrero.)
—Yo voy á volverme loco!...
No está...—Pues no me equivoco,
no; yo lo he dejado aquí.
PABLO. No te aturdas; distraído
lo habrás puesto en otro lado.
JULIO. No, Pablo; me lo han quitado
y ya sé yo quién ha sido.
¡Ella!
PABLO. ¿Tambien?... Dios te valga.
JULIO. Y me dejará desnudo;
suele esconderlo á menudo
para impedirme que salga.
Ya no hay paciencia que baste;
hoy va á saber quién yo soy,
y si me alza el gallo, doy
con ella y con todo al traste.
PABLO. Bravo, bien!
JULIO. Pues ¿qué pensabas?
Acabé de ser prudente.
PABLO. Eso!... Al hombre independiente
¿quién puede ponerle trabas?
JULIO. Ahora verás.
(Se dirige con aire muy resuelto á la puerta de la derecha, donde golpea fuertemente.)
PABLO. Aquí espero.
JULIO. ¡Herirme en mi dignidad!
(Sigue golpeando. De pronto se abre la puerta de modo que sólo se vea parte del traje y un brazo de la mujer que se supone dentro. Julio, descón-

certado, da un paso hácia atrás y dice con cariño sa y dulce expresion.)

—Hija, ¿tienes la bondad
de entregarme mi sombrero?
¿Que entre? (Volviéndose hácia Pablo.)
Vuelvo.

(Julio entra en la habitacion: la puerta se cierra y se oyen las voces de una mujer y de Julio, que disputan. El ruido se apaga poco á poco.)

ESCENA VII.

PABLO.

El hombre libre!
Pues digo, la niña es corta;
y el detalle del inglés...
(Mirando la carta que Julio ha dejado encima de la mesa.)
¿Qué miro?... Alberto Mendoza,
mi amigo...—Yo no sabía
que era Alberto; ántes de una hora
tendrá Julio en su poder
la credencial que ambiciona;
yo iré con él. Pero es fuerza
poner manos á la obra.
(Se acerca á la puerta del foro.)
—Roque!

ESCENA VIII.

PABLO, ROQUE.

ROQUE. Señor.
PABLO. Al momento
vé á la parada más próxima,
y toma un coche cualquiera
y vuelve aquí sin demora.
ROQUE. Bien, señor.
(Se queda parado escuchando el ruido, que vuelve á sentirse en la habitacion de la derecha.)
PABLO. ¿Por qué motivo

te quedas hecho una momia?

ROQUE. Por nada.—¡Qué ruido hay dentro!...
¿Qué será?

PABLO. Nada te importa
saberlo.

ROQUE. Nada.

PABLO. Pues márchate.

ROQUE. (Ya ha comenzado la broma.)

ESCENA IX.

PABLO.

Hasta á los mismos criados
sirve de burla y de mofa. (Escuchando.)
Ya ha cesado la tormenta;
no se siente ni una mosca.
—Él llega.

ESCENA X.

PABLO, JULIO, este con el sombrero apabullado.

PABLO. ¿Á qué altura estamos?

JULIO. ¿No lo ves?... Canto victoria.
Aquí está el sombrero.

PABLO. (Mostrándole el apabullo.) Es cierto:
mira.

JULIO. Eso es una bicoca
reducida á que al tomarlo
tropecé con una cómoda;
pero sin vueltas ni ripios
he echado la escandalosa
á Pepita, y ya confiesa
que tengo razon de sobra
para trinar, y ha jurado
que no habrá nueva camorra.
(Deja el sombrero sobre la mesa.)
¿Te convences de que tiene
buen fondo?

PABLO. Es una paloma
sin hiel.

JULIO. Un ángel, Pablito;
¡mas si vieras qué zozobra
siento!... me hace tal efecto
una mujer cuando llora!
PABLO. ¿Conque ha llorado?
JULIO. ¡Ha llorado!
Como yo entré hecho una pólvora;
como sapos y culebras
han salido de mi boca
y ha visto que no eran juego
mi indignacion y mi cólera...
PABLO. (Indicando si la ha maltratado de obra.)
¿Acaso te has permitido?...
JULIO. Oh! no; pero en buena prosa
le he dicho más claridades...
PABLO. ¿Y ha llorado?... pobre moza!
JULIO. Ha llorado y está triste,
muy triste!
(Se oye un piano que se supone en la habitacion de la derecha.)
PABLO. ¡Calla! Ahora toca.
JULIO. (¡Necia! se pone al piano
cuando yo digo que llora.)
PABLO. ¡Un coro de Barba Azul!
pues! música melancólica.
JULIO. Tocará maquinalmente...
PABLO. Sí, maquinalmente.—Toma.
(Dándole el sombrero.)
JULIO. ¿Para qué?
PABLO. Para salir
conmigo.
JULIO. ¿Salir ahora?...
PABLO. ¿Cómo quieres que lo diga?
Yo ignoraba qué persona
te había de colocar,
pero he visto que es Mendoza,
al cual trato íntimamente,
y quiero que por la posta
extiendan la credencial
del destino que ambicionas.
JULIO. Déjalo; no corre prisa.
PABLO. Que corra prisa ó no corra,

lo haremos porque hay que hacerlo.
Como la tardanza irroga
perjuicios, he dicho á Roque
que traiga un coche.

JULIO. ¡Esta es otra!
Yo te agradezco muchísimo
tanta prueba cariñosa
de amistad; pero no salgo.
(Deja el sombrero.)

PABLO. ¿Cómo?... ¿Tendrás la pachorra
de esperar á que te llueva
el maná?... ó es que esa prójima
te prohibe la salida?

JULIO. ¿Quién, Pepita?... bah! ¡qué cosas
piensas!... Es verdad que yo,
no juzgando perentoría
esa visita... le he dicho...
por no aumentar su congoja
nada más...

PABLO. ¿Que no saldrías?

JULIO. Que, para que no esté sola,
me quedaría con ella.

PABLO. ¡Bien, héroe de las Termópilas!
¡muy bien!... Con razon has dicho
que te has cubierto de gloria.

JULIO. Mete la mano en tu pecho
y deja esa gerigonza
de frases.—En mi lugar
qué hicieras tú?

PABLO. ¿Yo? Es chistosa
la pregunta: á mí, ¡á un esclavo!...
—Y sin embargo, no ignoras
que entro y salgo cuando quiero
y hago cuanto se me antoja.

JULIO. ¡Lo mismo que yo!

PABLO. ¿Lo mismo?
Pues... (Haciendo ademan de echar á andar.)

JULIO. Con tanto afan lo tomas...

ESCENA XI.

DICHOS, ROQUE.

ROQUE. El coche en la puerta espera.
PABLO. Partamos.
JULIO. Salgamos, sí.
—¿Y mi sombrero?
PABLO. (Dándoselo.) Hélo aquí.
ROQUE. Están cerrando por fuera.
PABLO. ¡Peripecia encantadora!
JULIO. (¡Me faltaba este sonrojo!)
—Abrid pronto. (Golpeando en la puerta.)
VOZ DE MUJER. (Fuera.) Echo el cerrojo
por órden de la señora.
ROQUE. Si yo empujo con ahinco
caerá la puerta.
PABLO. Hazlo pues.
JULIO. ¡No! Yo á esa infame despues
le diré cuántas son cinco.
—Aunque bueno es que lo advierta
que tanto abuso...
(Echa á andar hácia la puerta de la derecha y Pablo le cierra el paso.)
PABLO. ¿Ahora?... Quiá!
—Roque, acerca ese sofá
para atrancar esta puerta. (Roque obedece.)
JULIO. Pero ¿qué vas á hacer?
PABLO. ¡Nada!
tomar la misma medida:
¿no nos quita la salida?
pues quitémosle la entrada.
(Ademas de haber puesto delante el sofá, Pablo da una vuelta á la llave.)
JULIO. Déjame.
PABLO. No; quieto ahí.
ROQUE. (Señalando al foro.)
Ya abren.
PABLO. Franco está el camino;
salgamos.
(Pablo y Julio se dirigen á la puerta del foro al

tiempo que ésta se abre y aparecen Juana y un Capitan.)

ESCENA XII.

DICHOS, JUANA, CAPITAN.

CAPITAN. Señor vecino,
ya me tiene usted aquí.
JUANA. Mi cuenta.
JULIO. Pero ¿qué cisma
es este?... ¡voto á mi nombre!
CAPITAN. Vengo á ver si es usted hombre
para romperme la crisma.
JULIO. ¿La crisma?...—Si usted propicio
explica...
(Dan repetidos golpes en la puerta que cerró Pablo, cuyos golpes alternan casi sin interrupcion con el ruido de una campanilla hasta el fin del acto.—Julio dice aparte á Pablo.)
(Que es esa infame
la que llama.
PABLO. (Ap. á Julio.) Pues que llame
hasta el dia del juicio.)
JUANA. Mi cuenta.
JULIO. (Gritando.) ¡Cállese usted!
CAPITAN. ¿Conque explicar?... ¡Tontería!
No ha nacido todavía
quien me pegue á la pared.
Mi calma pronto se agota;
á mi mujer ha injuriado (Julio quiere hablar.)
la de usted.—Sí, la ha llamado
desde su balcon «marmota.»
Yo aparecí al tiempo mismo,
y dirigiéndose á mí
dijo:—«Tambien tengo aquí
quien le romperá el bautismo.»
¡Á mí insulto tan soez!
¡á mí! ¡al capitan Miró,
que en África destripó
los moros de diez en diez!
En fin, salga bien ó mal,

vengo á todo decidido,
porque al venir he venido
á abrir á usted en canal.

JULIO. ¡Deme usted cuarenta abrazos!
Llega usted en ocasion
que es una satisfaccion
para mí andar á balazos.

(Pablo se pone entre los dos. Juana estará á la izquierda, Roque á la derecha.)

PABLO. Claro el ménos listo advierte
que es inútil tanto brío.

CAPITAN. ¡Nada! ha de haber desafío.

JULIO. Sí señor, ¡á muerte!

CAPITAN. ¡Á muerte!
Padrinos...

ROQUE. (El lance es serio.)

JULIO. No hacen falta.

CAPITAN. ¿No?—Á la calle.
Al fin sin ese detalle
va cualquiera al cementerio.

PABLO. Pero eso no puede ser.

CAPITAN. ¿Que no?

JULIO. (Saliendo.) Sí, ahora mismo.

CAPITAN. (Saliendo.) Al punto.

PABLO. Ó he de arreglar este asunto
ó muy poco he de poder.

(Va á seguirlos y Roque le detiene, indicándole que los campanillazos arrecian. Despues Roque se dirige á la puerta de la derecha y separa el sofá. Juana, á su vez, cierra el paso un momento á Pablo.)

ROQUE. Pero ¿no oye usted, don Pablo?

PABLO. Ya calmará la tormenta.

JUANA. Pero ¿y mi cuenta? ¿y mi cuenta?

PABLO. Anda y que la ajuste el diablo.

ESCENA ÚLTIMA.

ROQUE, JUANA.

JUANA. ¿No ve usted?... Vamos ¡me ahogo!

ROQUE. ¡Eh! paciencia y barajar.

(Juana da señales de cólera. Roque, que ha desechado la llave, entreabre la puerta y dice dirigiéndose hácia fuera.)

—¿Quiere usted no alborotar?

(Se abre la puerta bruscamente y asoma una mano de mujer, que da á Roque ún bofeton. Ántes habrá cesado el ruido de la campanilla. Roque retrocede, llevándose las manos á la mejilla y exclama:)

—¡Ay!... cáspita!... ¡el desahógo!!!

(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero. Sobre el velador un bordado de cañamazo sin concluir, madejas y ovillos de algodones de colores.

ESCENA PRIMERA.

PABLO, entrando. ROQUE, asomado al balcon.

PABLO. ¡Roque!...—¿Salió la señora?
ROQUE. (Tomando el baston y el sombrero de Pablo.)
Se marchó á las cuatro en punto
con la señorita Elena.
PABLO. Está bien.
ROQUE. Segun calculo...
PABLO. No quiero saber tus cálculos;
cállate y escucha.
ROQUE. Escucho.
PABLO. Dentro de un cuarto de hora
vendrá el señorito Julio.
(Mirando el reloj.)
(Habrá dado el trueno gordo
ántes de quince minutos.)
Que no se detenga, que entre...
Y recuerda que no gusto
de chismosos.
ROQUE. Yo tampoco.

PABLO. Ni de curiosos.
ROQUE. Mal nublo
descargue sobre ellos.
PABLO. Vete.

ESCENA II.

PABLO.

Pues señor, pienso que triunfo.
Ya hace rato que ese loco
se marchó á su casa y juzgo
que á estas horas la Pepita
tiene sobre sí el diluvio.
(Se acerca un instante al balcon.)
No oigo gritos.—Tal vez ella
eche mano del recurso
sublime... de las caricias,
del llanto; pero ¡cá! dudo
que él ceda: está decidido.
Avergonzado y confuso
salió de su casa; Alberto,
que para amigo es el único,
le mandará aquí esta tarde
la credencial del más cuco
de los destinos: trabajo
cero; sueldo dos mil duros.
Con respecto al incidente
del capitan iracundo...
nos hubiera dado guerra
si yo no meto á barullo
la cuestion, y aunque es posible
que aún cometa un *exabrupto*
el hijo de Marte, al cabo
le manejaré á mi gusto.

ESCENA III.

PABLO, JULIO.

JULIO. ¡Pablito!
PABLO. ¿Tan pronto aquí?

JULIO. Tan pronto.
PABLO. ¡Ay!... ¡ay! mal preludio.
Tú no has estado en tu casa.
JULIO. ¿Que no?...—Fumándome un puro
he estado... en la portería.
PABLO. ¡Qué desenlace tan chusco!
Y sin embargo, tú has dicho:
—«Le haré saber que me aburro
en esta vida de perros,
de escándalos y disturbios;
le diré que ha terminado
nuestro compromiso absurdo
y que queda en libertad
de buscarme un sustituto.»
JULIO. Y ¿qué?.. ¿no hay tiempo de sobra
para echar ese discurso?
He sido débil, sí; y ¿qué?...
Me ha pasado como á algunos
que tienen dolor de muelas
y, al ver al dentista, súbito
sienten que desaparece
el dolor, y que por último
cuando vuelve á repetirse
se les hace ménos duro
que les desgarren la encía.
PABLO. Muy bien dicho: capitulo.
JULIO. ¿Te burlas? pues en mi caso
no gastarías tal lujo
de valor: ¿acaso piensas
que yo me he echado en el surco
por el placer de estar siempre
contemplando á mi verdugo?
¿Te parece que mis ojos
se van poniendo tan turbios
que no ven que la Pepita
se aproxima mucho al *summun*
de lo tonto, de lo feo...
PABLO. Hombre, no seas injusto,
su nariz es griega.
JULIO. ¿Griega?
Respingona como un mulo
gallego.

PABLO. Y aquellos ojos...
JULIO. Ojos tiene todo el mundo.
Ademas su cabellera
negra...—Me carga lo oscuro.
PABLO. Sí, ya sé que el pelo negro
te suele alterar el pulso.
JULIO. Porque es negro el de Pepita.
PABLO. Cierto. (Y porque el de otra es rubio.)
JULIO. Y, mira tú, la muy necia
cifra en su pelo su orgullo,
porque ese inglés maldecido,
que es un imbécil mayúsculo,
asegura que no hay otro
desde aquí á San Petersburgo.
PABLO. Y ese inglés... ¿tú no sospechas?...
JULIO. ¡Cá!... si es un hombre de estuco,
y viejo... y más feo que Picio.
PABLO. Con todo ¿tú estás seguro?...
JULIO. ¿Que si lo estoy?...—Ojalá
tuviera el capricho estúpido
de desbancarme que, aunque ella
despreciaría á ese buho
carcamal, yo hallaba excusa
para tomar otro rumbo.
(Suena una campanilla.)
—Han llamado.
PABLO. Sí.
JULIO. ¿Será
tu cuñada?
PABLO. Puede. (Yendo hácia el foro.)
JULIO. (¡Oh júbilo!)
PABLO. No; es mi mujer que, cansada
de esperarme para ir juntos
de paseo, se marchó
con Elena.
JULIO. ¡Ay! pobre súbdito,
te van á arrancar los ojos.
PABLO. ¿Eso temes?
JULIO. Eso auguro.

ESCENA IV.

DICHOS, SOFÍA, en traje de paseo.

SOFIA. Seguras de tu perdon
no te hemos aquí esperado:
¿perdonas?
PABLO. (Abrazándola.) ¿Pues lo has dudado?...
con todo mi corazon.
JULIO. (¡Qué humildad!... yo la bendigo.)
PABLO. ¿Y Elena?
SOFIA. No ha de tardar;
ha ido á mi cuarto á dejar
la capota y el abrigo.
PABLO. En cambio mi mujercita,
sin quitarse un sólo lazo
llega á ofrecerme un abrazo.
JULIO. (No, no es así la Pepita.)
SOFIA. Usted se reirá de oir
estas cosas.
JULIO. ¿Yo?... Señora,
al contrario, me devora
la envidia. Si eso es vivir!
(¡Apenas hay diferencia
entre el amor de Sofía
y el de aquella infame arpía
que envenena mi existencia!
Esta gente está en la gloria.)

ESCENA V.

DICHOS, ELENA, en la puerta.

ELENA. ¿Hay regaño?
PABLO. Entra, lucero,
entra, yo soy tan severo
que aplaudo la escapatoria.
JULIO. (¡Calla! tampoco ésta grita.)
ELENA. Toma en pago. (Abraza á Pablo.)
PABLO. Oh! sí, es muy justo.
JULIO. (¡Y él se relame de gusto!...

—No, no es así la Pepita.
Fiera como un jabalí,
inflexible como el código.)

PABLO. (Á Sofía.) Te advierto que ese hijo pródigo
se queda á comer aquí.

ELENA. (Notando la presencia de Julio.)
(Ah!)

PABLO. Ya sabes; comes hoy
conmigo, con mi mujer
y con Elena.

JULIO. (Sentándose.) ¡Oh placer!
Acepto... y ya no me voy.

PABLO. ¿Te sientas? Hazme el favor
de tomar la puerta. (Á Sofía y Elena.) Viene
dentro de muy poco; tiene
que ver al procurador,
porque le va á despedir...

JULIO. Sí, pero hay tiempo de sobra.

PABLO. No, no; manos á la obra,
y luégo... échate á dormir.

SOFIA. Yo en tretanto voy á ver
al niño.

PABLO. (Á Julio, que se ha puesto de pie y contempla con regocijo á Elena, que borda. Julio no hace caso de lo que le dice Pablo.)
Vamos, escapa.

ESCENA VI.

JULIO, PABLO, ELENA.

JULIO. (¡Qué guapa!... qué reteguapa!)

PABLO. ¿Mi mujer?

JULIO. Sí, tu mujer.
(Vuelve á mirar embelesado á Elena, sin notar que Pablo sigue cerca de él y le oye.)
(Esa mirada tan pura
cual la nieve del armiño,
revela un alma de niño,
toda amor, toda ternura.)

PABLO. Oh! Sofía es un tesoro.

JULIO. ¿Tu mujer?... Es un primor.

(Julio se va al lado opuesto del que ocupa y vuelve á mirar fascinado á Elena. Pablo se acerca á ver el bordado.)

(Gracia, juventud, candor
y hermosos cabellos de oro;
¡ah!)

PABLO. (Á Elena.) ¿Qué mosáicos son esos?

ELENA. Esto es para mi mamá.

JULIO. (¡Para su madre!... ¿y no habrá
quien le dé un millon de besos?)

PABLO. (Á Julio.) Ven y admira esta labor.

ELENA. ¿Te burlas?

PABLO. De veras hablo.

ELENA. No haga usted caso de Pablo,
porque es un adulador.

JULIO. Aunque Pablo juzgó bien,
á no aplaudir se me obliga,
pues no quiero que usted diga
que yo le adulo tambien.

ELENA. Gracias. (Á Pablo.) Suelta esa madeja.
¿No ves que la enredas, bobo?

PABLO. Te advierto que éste es un lobo
aunque parece una oveja.

JULIO. ¿Qué dices?

PABLO. La verdad: ¿quieres
callar tus culpas odiosas?
(Á Elena.) ¡Si tú supieras las cosas
que dice de las mujeres!

JULIO. Pero ¿estás dado al demonio?

PABLO. Para él no hay ninguna buena.

JULIO. No le crea usted, Elena,
es un falso testimonio.
(Á Pablo.) ¿Quién con placeres purísimos
el hogar convierte en cielo?
¿Quién es del hombre el consuelo?

PABLO. ¡Ya!... ¡ya! Conozco á muchísimos
que afirman sin vacilar
y llenos de conviccion,
que en la mujer la pasion
conocida es dominar.

JULIO. ¡Dominar!... Error profundo
con pespuntes de locura:

¿no la hace ya su hermosura
reina y señora del mundo?
PABLO. Tú sabes como el que más
que se oye cada herejía...
ELENA. ¿Usted nunca sostendría
esas cosas?
JULIO. ¿Yo?... jamás!
jamás!
ELENA. (Viendo que Pablo ha cogido otra madeja.)
¿Vuelves á enredarla?
No, pues no juegas conmigo.
JULIO. (¡Este hablador!)
ELENA. En castigo
ayúdame á devanarla.
PABLO. (Á Julio.) Te cedo la comision.
JULIO. Sí, sí, me alegro.
(Apoderándose de la madeja se sienta al lado de Elena y comienzan á devanar.)
PABLO. En desquite
sabe que se te permite
dirigir el cotillon.
JULIO. (Á Elena.) ¿Querrá usted ser mi pareja?
ELENA. Bien.
PABLO. ¿Eh?
JULIO. Vamos á lucirnos.
PABLO. ¡Pues!
JULIO. En vez de interrumpirnos
enmaraña otra madeja.
PABLO. ¿Conque ya das por seguro
que vendrás al baile?
JULIO. Sí;
yo soy libre y mando en mí;
vendré y bailaré, lo juro.
PABLO. Me alegro.
JULIO. Estoy decidido.
(Si esta casa es un eden.)
—¿Me concede usted tambien
el primer wals?
ELENA. Concedido.
JULIO. Gracias.
PABLO. Si dais en la flor
de conceder y pedir,

no sé cuándo vas á ir
á ver al procurador.

JULIO. Aún queda por devanar.

ELENA. (Quitando á Julio la madeja.)
No, no; ya tengo bastante
para ahora...—Más adelante
podremos continuar.

PABLO. (Dando el sombrero á Julio.)
Toma y vete á esa entrevista.

JULIO. No será larga mi ausencia.

PABLO. (Ap. á Julio.) (¿Se calmará la dolencia
al acercarte al dentista?

JULIO. ¡Quiá!... yo haré que Pepa estalle
en improperios y en llanto,
y *vellis nollis* la planto
de patitas en la calle.)
(Vuelve desde la puerta y dice á Elena.)
¿Conque el wals, el cotillon,
y romper el baile?

ELENA. Bien.

PABLO. Á todo te dice «amen:»
vete, vete, remolon.

JULIO. (En la puerta aparte á Pablo)
(Oye, Pablito, me paso
á tu campo.

PABLO. Anda, tronera.

JULIO. ¡Oh! como Elena me quiera
mañana mismo me caso.)
(Sale por el foro. Sofía aparece por la derecha.)

ESCENA VII.

PABLO, ELENA, SOFÍA.

PABLO. Llegas á tiempo.

SOFIA. ¿Qué ocurre?

PABLO. ¿No notais en mi semblante
que vamos á resolver
algun asunto muy grave?

ELENA. ¿Qué es ello?

SOFIA. Tú nos dirás.

PABLO. Ello es que ese botarate

de Julio, segun me ha dicho,
tiene intencion de casarse.

ELENA. ¿Y con quién?

SOFIA. (Vamos, ya caigo.)

PABLO. Con una chica elegante,
muy jovencita, muy bella,
y muy rica, y muy amable
y muy...

ELENA. ¿La conozco yo?

PABLO. No ha estado nunca delante
de tí.

SOFIA. Dice muy bien Pablo.

ELENA. ¡Bah! y eso ¿qué nos atañe
á nosotros?

PABLO. ¡Hola!... ¡hola!

ELENA. Tal vez sea de ese enjambre
de mujeres sin juicio ..

PABLO. ¡Cá!... Es una chica adorable.

ELENA. Y ¿qué sabes tú?

SOFIA. Presumo
que serás de su dictámen
apenas oigas el nombre
de esa beldad.

ELENA. No es probable.
Se llama...

PABLO. (Con la entonacion del que sabe que va á produ cir efecto.)
Elena Escudero.

ELENA. ¿Soy yo?... ¡ay!... qué gusto!

PABLO. ¡Diantre!

SOFIA. ¡Niña!

ELENA. ¿Por qué he de negaros
la verdad?... Desde el instante
en que ví á Julio, en mi alma
quedó grabada su imágen.
Mezcla de luz y de sombra,
de placeres y pesares,
no sé qué melancolía
me entristece y me distrae.
Verle sin cesar quisiera,
y al verle, á la primer frase
que le oigo, de sus miradas

huyen las mias cobardes.
No hay jilguero que alborote
más en su prision de alambre,
que mi corazon latiendo
del pecho en la estrecha cárcel.
Y aunque digais que es locura
y os parezca un disparate,
yo sé que hacerme dichosa
le será á Julio muy fácil.

SOFIA. ¿Qué tal la mosquita muerta?

PABLO. Eso se llama explicarse.

SOFIA. Bien, hija.

PABLO. Bravo, muchacha.

ELENA. ¡Vaya!... ¿quereis obligarme
á que me ponga más roja
que una amapola?

PABLO. (Cambiando de tono.) No bajes
avergonzada esa frente,
pura como la de un ángel.
¿Qué mucho que tu alma vírgen
rinda al amor vasallaje,
si nuestras almas son flores
y el amor aroma suave,
y Dios colocó el aroma
de las flores en los cálices?

ELENA. ¿Es verdad que sí?

ROQUE. (En la puerta.) Señor,
el Capitan que usted sabe
pregunta por usted.

PABLO. Que entre.
(Viene de molde á mis planes.)

SOFIA. ¿Será larga esa visita?

PABLO. Presumo que no; esperadme
en tu gabinete.

SOFIA. (Á Elena.) ¿Vamos?

ELENA. Vamos. (Á Pablo.) Escucha un aparte.
(Te quiero mucho. (Bajando la voz.)

PABLO. Mil gracias.)

ESCENA VIII.

PABLO, el CAPITÁN.

CAPITAN. ¿Puedo pasar?
PABLO. Adelante.
CAPITAN. No extrañe usted que aquí venga
porque tengo inquebrantable
propósito de andar hoy
á balazos con su *adlatere.*
PABLO. ¿Mi *adlatere?*
CAPITAN. ¡Pues!... su amigo.
PABLO. ¡Ya!
CAPITAN. ¿Qué quiere usted?... No en balde
Dios le ha dado á cada quisque
bueno ó malo su carácter.
Hace una hora que cavilo
sobre el lance de ayer tarde,
y aunque usted logró aturdirme
haciéndome ver que el lance
era *pecata minuta,*
despues he visto que nadie
mejor que yo en mis asuntos
puede y debe tomar parte,
y he decidido batirme,
pero sin demora, á escape.
PABLO. ¡Señor Capitan!
CAPITAN. Lo dicho;
yo no sirvo para mártir,
yo no me trago un insulto,
porque tengo cinco dátiles
en cada mano, y más hígados
que el *sursum corda:* ¡cabales!
PABLO. Yo concedo á usted que tiene
todas esas cualidades
y muchas más, pero el caso...
CAPITAN. El caso es que en cien combates,
desde la guerra civil
donde yo sudé ya en grande,
en España como en África
se ha derramado mi sangre

para que ninguno ignore
que no nací pusilánime;
y este es un caso de honra,
y nada me satisface
si ántes que cierre la noche
no es ese mozo cadáver.

PABLO. Pero escuche usted...

CAPITAN. Lo dicho:
¿no ve usted en mi talante
que tengo dentro del pecho
cien arrobas de coraje,
y que ahora mismo á mi lado
son corderos los chacales?

PABLO. Si usted no escucha razones
me obligará á recordarle
que ni yo soy el que busca,
ni esta casa es el paraje
que usted necesita.

CAPITAN. ¡Cierto!
yo no niego las verdades;
pero en la casa que habita
no encuentro á mi contrincante,
y el portero me ha indicado
que verle aquí será fácil.
¿Está usted?... por eso vengo;
y tengo razon bastante,
que han insultado á mi esposa,
á la que sería madre
de mis hijos... si yo hubiera
tenido hijos.

JULIO. (Fuera.) ¿Que pase?
Muy bien.

PABLO. (¡Ahora llega el otro!)
Capitan, no es que yo trate
de oponerme á su proyecto
buscando dificultades;
mas permanecer no puede
usted aquí; si usted me hace
el favor de irse á esa pieza
inmediata...

CAPITAN. ¿Y si ese infame
viene?

PABLO. Mejor para usted
CAPITAN. ¿Y si se me escapa?
PABLO. ¡Dále!
pase usted.
CAPITAN. Bien, me resigno.
PABLO. (Bueno será echar la llave.) (LO HACE.)

ESCENA IX.

PABLO, JULIO.

JULIO. ¡*Hosanna*!
PABLO. ¿Ya estás de vuelta?
comprendo; alguna bobada...
JULIO. ¡Nada! no comprendes nada;
dejo la cuestion resuelta.
PABLO. ¿Resuelta?
JULIO. Ven, que te abrace;
ya lo oyes, ya te lo he dicho:
no queda de ese capricho
más que un *requiescat in pace*.
Se acabó: basta de afan,
que estoy sediento de calma
y quiero bañar mi alma
en las aguas del Jordan.
Dame otro abrazo, otro, así.
La dicha mi pecho llena.
PABLO. Bien!... estás de enhorabuena.
JULIO. Sí, de enhorabuena, sí.
Escucha la relacion
con que concluyo esa historia
que deja para memoria
mi completa redencion.
PABLO. Habla.
JULIO. Á mi casa llegué
y, viendo la puerta abierta,
sin detenerme en la puerta
en mi gabinete entré.
Quise pasar adelante
para empezar el asedio;
pero ¡cá! me hallaba en medio
de otro campo de Agramante.

PABLO ¡Diablo!
JULIO. Aquí la sillería
reclamaba compostura;
mas allá una colgadura
hecha girones ardía.
A un lado mi mejor frac
estaba sin un faldon,
junto al busto de Colon
coronado por un claq.
Allí entre llama y cenizas
mis cuadros grandes y chicos;
allá un espejo hecho añicos,
acullá un libro hecho trizas.
No lejos un velador
con el tablero incompleto,
y en él, sin un solo objeto,
mi estuche de tocador.
Aquí un tintero vertido
sobre el tapiz de una silla:
un palo allá ó una astilla
de otro mueble destruido.
Á la izquierda unos jarrones,
un reló y unos fanales;
á la derecha cristales
que fueron de los balcones.
Todo sucio, todo inútil,
mostraba mi bien pretérito;
revuelto lo da más mérito
con lo supérfluo y lo fútil;
sin hacer profundo estudio,
al verlo cualquier mortal,
diría «el juicio final
tiene aquí digno preludio.»
PABLO. La descripcion es bonita.
JULIO. En ella dejo calcada
la última barrabasada
de los nervios de Pepita.
Salí.—Con cara muy triste
mi portero, un animal,
que como un ser racional
anda, come, bebe y viste,
me dijo:—«Hace media hora

que con un inglés se fué
la señora, y para usté
esto me dió la señora.
Yo le escuchaba suspenso;
él calló y me dió este escrito;
oye.

PABLO. No, no necesito...

JULIO. Oye. (Leyendò.) «Gulio, me covenso
(convenzo quiere decir)
»de que, como digo el otro,
»(dijo) vivir en un potro
»no es vivir, es no vivir.
»Con esta certecidad,
»(¿eh?) porque no se me esquilme,
»tengo el apósito filme...»

PABLO. ¡Uf!... ¡cuánta barbaridad!...

JULIO. (Sigue leyendo.) «Filme de darte al olvido.
»Gulio, me cansa tu amor
»y llo (con elle) y el lor,
»irnos hemos decidido.»

PABLO. ¿Qué tal el hijo impasible
de la populosa Lóndres?

JULIO. Escucha y no me atolondres;
aún queda lo más risible.
(Sigue leyendo.) «Él mi favor solicita
»y llo (con elle como ántes)
»á sus ruegos incesantes
»accedo. Tuya, Pepita.»
(Cambiando de tono.)
»*Postdata.* Mí estar amado
»y mí estar mocho amoroso,
»y de la Pepito ansioso
»y ella ser de mí robado.
»No soy huido: despues
»á su órden de paz ó guerra,
»el hotel de Inganlaterra
»estar mi casa. Lord West.»

PABLO. ¡Gran carta!... Se necesita
publicarla; hemos de ir...

JULIO. ¡Cá!... se la van á engullir
entre el lord y la Pepita.
¿Piensas que me he de aguantar?

CAPITAN. (Fuera golpeando la puerta.)
Abrid aqui.
JULIO. ¿Quién se exalta?
PABLO. (Abriendo.)
¡Ah!... olvidaba que aún nos falta
el rabo por desollar.

ESCENA X.

DICHOS, el CAPITAN.

JULIO. ¿Qué veo?... usted?...
CAPITAN. ¡Yo! yo mismo!
yo que aquí me presenté
con deseos de matar,
y con hambre de morder,
y que cuanto usted ha dicho
desde esa puerta escuché.
Y como usted ya le ha dado
la absoluta á esa mujer
que ha tratado á mi señora
como á un mozo de cordel;
como ha sido usted un mártir
y ha sido un esclavo usted;
yo, cesando en mis enojos,
salgo á decirle: «Esta es
mi mano; es la de un amigo...»
(Tiende la mano á Julio: Pablo coge á éste la diestra y la une á la del Capitan.)
PABLO. Él la estrecha con placer.
JULIO. (¡Yo estoy en Babia!)
CAPITAN. (Dando la mano á Pablo.)
Igualmente
me ofrezco...
PABLO. Gracias.
CAPITAN. Conque...
lo dicho, y repito...
PABLO. Abur!
JULIO. ¿Quién diablos puede entender
á ese hombre?... ¿quieres decirme...
PABLO. Ya te lo diré despues;
ahora voy á acompañarle

hasta la puerta.

ESCENA XI.

JULIO, despues ELENA.

JULIO. (Á fe, á fe
que ya de lo que me ocurre
me doy casi el parabien.)
ELENA. (Él!)
JULIO. (Elena!..)
ELENA. (Debo estar
más blanca que la pared.)
JULIO. ¿No ha dicho á usted nada Pablo?
ELENA. No... nada. (Va á conocer
que miento; y ahora de fijo
me he puesto como un clavel
de encendida.)
JULIO. (Es linda, es jóven,
es buena... ¿Dónde podré
encontrar otra que valga
lo que vale, para ser
el ángel bueno que borre
tanto recuerdo de hiel
y me sostenga en la senda
del honor y del deber?)
ELENA. (Soliloquia: ¡malo!... ¡malo!)
JULIO. (¿Por dónde comenzaré?)
Elena!
ELENA. ¿Quiere usted?...
JULIO. (Ofreciéndole una silla.) Sí;
quiero que se siente usted,
y quiero que con franqueza
se sirva usted responder
á lo que voy á decirle.
ELENA. Bien; ya estoy sentada.
JULIO. Bien;
¿accede usted á ser franca
conmigo?
ELENA. Sí; lo seré.
(Va á declararse: ahora tiemblo.
¡Qué situacion tan cruel!)

JULIO. ¿Usted tiene novio?
ELENA. ¿Novio?
No señor. Es más; no sé
lo que es eso.
JULIO. (¡Qué inocencia!)
(Pablo aparece en la puerta.)
Y si llega á suceder
que un hombre—no un mozalvete—
con el más dulce interés
le dice así á usted:—«Elena,
yo gimo preso en la red
de sus encantos; mi vida
y mi alma pongo á sus piés,
y anhelo de su cariño
los tesoros recoger.
No tengo de patrimonio
las rentas que tiene un rey,
pero sí para vivir
sin apuros ni estrechez.
Si usted se digna otorgarme
la señalada merced
de aceptarme tal cual soy
por siempre jamás amen,
diga usted una palabra,
y ébrio y loco de placer
mañana ante un sacerdote
lo que hoy juro juraré.»
ELENA. (Quiero decirle que sí
y me da vergüenza.)
JULIO. Y bien,
¿qué contesta usted?...
ELENA. Contesto...
¿qué sé yo?... que puede ser
que nunca llegue ese caso.
JULIO. Ya ha llegado. (Arrodillándose.)
ELENA. (No, pues no es
corto de genio.)
JULIO. Aquí espero
la sentencia de mi juez;
la vida si encuentro gracia,
la muerte si hallo desden.

ESCENA XII.

DICHOS, PABLO, avanzando.

PABLO. ¡Bravo! ¡magnífico! (Batiendo las palmas.)
ELENA. ¡Ah!
(Pablo aquí: ¡vaya un apuro!)
PABLO. (Á Elena, remedando á Julio.)
Señorita... yo le juro...
que usted... que yo...—¡Já! já! já!...
—Sofía! (Llamándola y sin cesar de reir.)
JULIO. (Ya de pie.) ¡La burla alabo!
PABLO. (Á Julio, remedando á Elena.)
Yo, caballero... yo no
sé qué decir... porque yo...
y usted...—¡Magnífico! ¡bravo!
ELENA. ¡Vamos!... ¿te quieres callar?...
JULIO. Deje usted que se entretenga...

ESCENA XIII.

DICHOS, SOFÍA.

SOFIA. ¿Qué pasa?
PABLO. ¡Qué gran arenga
te has perdido por tardar!
SOFIA. ¿Sí?
JULIO. No ha perdido usted nada,
pues la arenga que á éste choca
la va usté á oir de mi boca
corregida y aumentada.
Cansado ya de vagar
recorriendo el mundo entero,
y harto de vivir soltero
sin familia y sin hogar;
gracias al poder divino
que me otorga la merced
de que su hermana de usted
se atraviese en mi camino,
anhelo casarme al punto.

No hay más: usted, ¿qué contesta?

SOFIA. Que con mi mamá y con esta
se ha de arreglar ese asunto.

JULIO. (Á PABLO.) ¿Debo temer un desaire?

PABLO. Debes pensar que destruyes
tu pasado; que concluyes
de ser libre como el aire.

JULIO. No me hables de libertad,
que la libertad no existe
para el alma que está triste
y en completa soledad.

PABLO. Debes pensar que si un dia
disipan los alquilones
del dolor las ilusiones
que forja tu fantasía,
de ese lazo que ata Dios,
y hace de dos seres uno,
puedes decir como alguno
que conocemos los dos.
«Para el hombre el matrimonio
es infierno en que se abrasa,
porque el hombre que se casa
entrega el alma al demonio.»

JULIO. (Son mis palabras... ¡Cruel!)

ELENA. (Bajo á PABLO.) ¿Recuerdas aquellas frases,
«Dios quiera cuando te cases
darte un marido como él?»

PABLO. (Ap. á ELENA.) Ten calma.

ELENA. (Id. á PABLO.) Es que no renuncio
á su amor.—(¡Vaya una broma!
pues si Pablo así lo toma,
me sublevo, me pronuncio.)

JULIO. Comprendo con claridad
lo que me das á entender:
ya sé lo que debo hacer;
¡ya sé lo que es tu amistad!

SOFIA. (No entiendo...)

PABLO. (Á JULIO.) Bueno es que adviertas
que no soy yo quien ha hablado.

JULIO. Está bien: quedo enterado.
(Saluda á ELENA y SOFÍA.)
Señoras.. (Á PABLO.) Que te diviertas.

PABLO. Oye. Tu union deseada
á acelerar me resigno
si tú juzgas que eres digno
del amor de mi cuñada.
Sé tú de tu causa juez:
habla. (Pausa.)
JULIO. Pues bien...—No lo soy.
Yo nunca miento; me voy
al extranjero otra vez.
ELENA. (¿No ves qué infamia, Sofía!)
PABLO. (Á Julio.) Probando esa confesion
que vale tu corazon
lo mucho que yo creia;
seguro de que á mi suegra
le parecerás muy bien,
y adivinando tambien
(Mirando á Elena.)
que alguien que escucha se alegra;
aunque cometa un desliz
calmo así tu amante anhelo:
(Echando á Elena en los brazos de Julio.)
te entrego un ángel del cielo:
haz que sea muy feliz.
JULIO. ¡Oh dicha!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ROQUE.

ROQUE. ¿Puedo pasar?
PABLO. ¿Qué ocurre?
ROQUE. Un pliego.
(Lo entrega á Pablo, que rompe el sobre y echa una ojeada al escrito.)
PABLO. ¡Anda! ¡anda!...
ROQUE. (¿Qué podrá ser?)
ELENA. Bien: me manda
el ministro de Ultramar
los dulces para la boda.
ROQUE. (¡Boda!... ¿quién toca á completas?)
PABLO. Sueldo de diez mil pesetas.
(Da el pliego á Julio.)

—Ya tienes colmada toda
tu ambicion.

JULIO. Sí, Pablo, sí.
—Esto y mi hacienda y mi vida
y mi alma, Elena querida,
todo, todo para tí.

ELENA. Yo siempre con mi cariño
te pagaré.

PABLO. (Ap. á Julio.) (Á nuevo estado
nueva vida: han terminado
las locuras.)

JULIO. No seas niño.
De hoy más mi vida ha de estar
tranquila como una balsa,
pues desde hoy puedo afirmar
que los amores de azar
siempre son MONEDA FALSA.
(Cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
ZARZUELAS.			
riba y abajo.	1	Sres. Granés y Navarro..	Libro.
orillas del cocido.	1	D. Rafael María Liern...	Libro.
n José Sevillano.	1	M. Genaro Rentero..	Libro.
impuesto de guerra.	1	Sres. Liern y Monfort...	L. y M.
es tipos del año XX.	1	D. E. Jackson Cortés. ..	Libro.
diamante negro.	2	R. María Liern.....	Libro.
clave.	2	M. Ferndz. Caballero.	Músic
vuelta al mundo,	3	L. Mariano de Larra.	Libro.

Han dejado de pertenecer á esta Galería el libro de la zarzuela en 1 acto, titulada: *Para una modista... un sastre,* y todas las obras el catálogo de D. José María Moles.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.